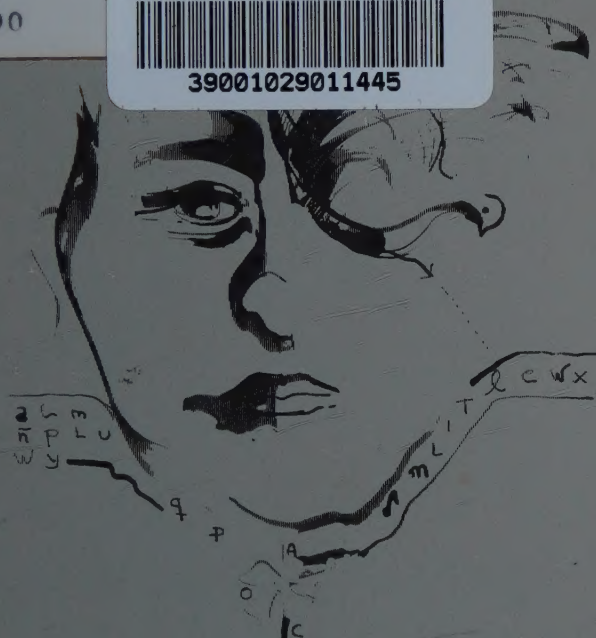


PQ
7820
P39
M27
1990

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001029011445



LAS MASCARAS DE LA NADA

LOS AMIGOS DEL LIBRO

NO LEER LO QUE BOLIVIA PRODUCE
ES IGNORAR LO QUE BOLIVIA ES

EDMUNDO PAZ SOLDAN

LAS MASCARAS
DE LA NADA

PQ
7820
P39
M27
1990



EDITORIAL LOS AMIGOS DEL LIBRO

LA PAZ - COCHABAMBA

BOLIVIA

1990

1990 Edmundo Paz Soldán A.
Registro de la Propiedad Intelectual
Depósito Legal: 4-1-418-90

Colección: Literatura de Hoy
NA: 649

Diseño de tapa: Edmundo Paz Soldán
Sobre dibujo de Marcela Mérida

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia

Editores : Editorial "Los Amigos del Libro"
Impresores: Talleres Gráficos Poligraf

**A la mayor parte de mi todo: mis padres,
Raúl y Lucy; mis hermanos, Patzy, Marcelo
y Roxana.**

INDICE

INDICE

1947

1948

1949

1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

"I'm a writeh", Wade said. "I'm supposed to understand what makes people tick. I don't understand one damn thing about anybody"

Raymond Chandler, "The long goodbye".

INDICE

	Pág.
PRIMERA PARTE	
Ellos (1987)	15
La madre (1987)	17
La fuga (1987)	18
Veintisiete de abril (1987)	19
Un domingo perfecto (1987)	20
Un día cualquiera (1987)	22
La transformación (1987)	23
La familia (1987)	24
El encargo (1987)	25
Las líneas (1988)	26
Decapitaciones (1988)	27
Carnaval (1988)	28
Lógica (1988)	29
La fé y las montañas (1988)	30
Historia de Adolfo (1988)	31
La partida (1988)	33
Ultimo deseo (1988)	34
De vigiliyas y sueños (1988)	35
Las cartas perdidas (1988)	36
La fiesta (1988)	37
Retrato de mujer mirando a la bandera (1988)	38
Mi hermano y yo (1988)	40
Los hermanos Karamazov, página 877 (1988)	41
La espera (1988)	42
Un pasatiempo sin sentido (1988)	43
Apogeo y decadencia del teatro (1988)	44
Anaheim, California (1988)	46
Barnes (1989)	48
Simulacros (1989)	49
Austria 2037, 8-D (1989)	52
El general (1989)	55
Sombras (1989)	57
Los caminos (1989)	58
Las dos ciudades (1989)	59
El próximo instante (1989)	61
La clase (1989)	63
Navidad (1989)	64

SEGUNDA PARTE

	Pág.
Eterno retorno (1987)	69
Sospecha infundada (1987)	70
La esposa (1987)	71
Lluvia en los inviernos de Michigan (1988)	72
Rememoraciones (1988)	73
Cuento de hadas (1988)	74
El infierno tan temido (1988)	75
Desencuentro (1988)	77
Esperando a Verónica (1988)	78
Carolina, él y nosotros (1988)	79
Ella (1988)	80
Kathia (1988)	81
Aventura de una noche (1988)	82
Dolores (1989)	83
Amor imposible (1989)	85
Una cierta nostalgia (1989)	87
Viernes a la mañana (1989)	89
Cuatro años (1989)	90
Lo bello y lo atroz (1989)	91
La promesa (1989)	93
Pilar (1989)	94
Después de la ruptura (1989)	95
Rodrigo y los demás (1989)	97
Las mentiras (1990)	98

TERCERA PARTE

Dufresne (1988)	103
Erdrich (1988)	104
Avant-garde (1988)	105
El hombre de las ficciones (1989)	106
Similitud (1989)	107
Una diversa versión (1989)	109
Aventuras críticas (1989)	111
En la biblioteca (1989)	113
El viento me trae tu nombre (1989)	115
Julian Forget (1989)	117
Un amigo de todos (1989)	119
Una traducción (1989)	121
Cochabamba (1989)	123
La ciudad inexistente (1989)	125
La obra (1989)	126
El maestro y su discípulo (1989)	129
El fin (1990)	133

PROLOGO

Me es muy grato abrir las páginas de este libro de cuentos, en primer lugar porque con la presencia de este joven narrador pienso que se preludia un nuevo momento para nuestra literatura nacional. Tanta dedicación, tanta voluntad de trabajo, en tan pocos años, se compensan con un excepcional talento que sabe decir cuanto siente, sin agotarse aún en sus temas y tópicos recurrentes.

Lanzarse al mundo de las letras, con una obra como ésta, resumiendo 23 años de vida, es algo más que dar un primer paso. Aquí el entusiasmo de escribir es una aspiración humana a la suprema belleza; la postulación a trazar un nuevo surco donde nada más se ha consagrado el ropaje de un realismo testimonial. De hecho, Edmundo Paz Soldán, en sus cuentos hace una apología de la realidad, exaltando lo que de veras vale la pena conocer. Así, hasta las escenas más dramáticas, como la del fusilamiento, en "La madre", se subliman, disipando la amargura del momento.

Algo que llama la atención en esta forma de narrar es la capacidad de síntesis con que el autor describe y explicita sus argumentos. No es que simplemente condense la historia, sino que la evoca con sencillez y claridad, y quizá por ello pudiera aparecer como reminiscente y anecdótico, dado que sus temas se desarrollan en torno a situaciones que se proyectan secuencialmente. Con detalles escondidos, Paz Soldán nos diseña una serie de tramas de sorprendente final. Asimismo, es de destacar el instinto de fabulador con el que este joven anima sus historias, muchas de las cuales, narradas ya sea en primera o tercera persona, nos invitan a una segunda lectura para advertir la medida de sus recursos, que no son pocos. Cuentos como "La familia", "La espera", "El encargo", "La

transformación”, “Un día cualquiera”, “Carolina, él y nosotros”, “La madre”, etc. bastan para integrar una buena antología. En todos ellos encontramos la huella de un maestro supremo, Onetti, a quien supo asimilar sin rendir, empero, el valor de su propia identidad.

Saludamos, pues, la aparición de este notable joven narrador boliviano, augurándole grandes satisfacciones en la medida en que no se entregue a los halagos del éxito y se quede, rotas las alas, en medio camino.

Adolfo Cáceres Romero

PRIMERA PARTE

ELLOS

a Nestor Avila, al Padre Joaquín

Cuando ellos nacieron, el país ya había sido fundado. No tuvieron que erigir sus construcciones en lugares inhóspitos, no tuvieron que enfrentar cruentas cargas de caballería entre cordilleras y quebradas; sin embargo, el tiempo que les tocó vivir fue tan azaroso como aquél de los albores de la creación, tan incierto como aquél en el que germinó la declaración de la independencia. Forzados a tratar de entender un país incomprensible, en un mundo que les era adverso e indescifrable, abandonaron con prisa la ingenuidad. Viven ahora en territorios que antes les eran vedados, conocen la corrupción, la mediocridad y el fracaso; saben que la droga y el cataclismo nuclear no son abstracciones, y han olvidado en recónditos parajes a los cuentos infantiles, a las peripecias del amor romántico, a la pureza de acciones e ideales.

La clepsidra, el reloj de arena, el cuarzo, señalarán en su decurso el tiempo de la sucesión; entonces, ellos heredarán el país: heredarán sus exiguos triunfos, sus perpetuas adversidades, sus remotas nostalgias, sus ilusiones perdidas, sus cotidianas mezquindades. Si tratan de desconocer este futuro, renegar de él como se re-

niega de ciertos equívocos, padecreán la suerte de sus predecesores: la responsabilidad, hoy para ellos nada más que una trivial palabra, los abrumará sin compasión alguna, sobrepasará las fuerzas de las que puedan disponer.

Ellos, que hoy son futuro, mañana serán presente.

LA MADRE

Allá están ellos. Desde aquí no puedo distinguir con claridad sus facciones. Tal vez alguno esté dibujando una sonrisa, tal vez alguno tenga su mirada fija en mi mirada. Nunca sabré qué están pensando ahora, qué divagan sus imaginaciones en este instante sin prisa.

La tarde se apaga en el horizonte, el cielo sin el azul que conocí en otros días. Recuerdo a mi madre y sus consejos, tan distantes y a la vez tan cercanos; recuerdo también sus presagios, de los cuales siempre me burlé: entonces yo no era el que soy ahora. Ella, quizá, adivinaba al que yo sería.

Alguien profiere una orden y ellos disparan. Siento finos dardos clavándose en mi pecho, dilacerando mis carnes, disipando mi vida. Mis manos amarradas se crisan, mi cuerpo resbala exánime junto al poste.

El día sigue su curso y, poco a poco, me olvida.

LA FUGA

El ocho de junio de 1987, a las cuatro y cuarto de la tarde, en el penal de San Sebastián, Cochabamba, Bolivia, se produjo la fuga de Remigio Pedraza, oficial de guardia.

VEINTISIETE DE ABRIL

Era el cumpleaños de Pablo Andrés y decidí obsequiarle la cabeza de Daniel, perfumada y envuelta con elegancia en lustroso papel café. Supuse que le agradaría porque, como casi todo buen hermano menor, odiaba a Daniel y no soportaba ni sus ínfulas ni sus cotidianos reproches.

Sin embargo, apenas tuvo entre sus manos mi regalo, Pablo Andrés se sobresaltó, comenzó a temblar y a sollozar preso de un ataque de histeria. La fiesta se suspendió, los invitados nos quedamos sin probar la torta, alguien dijo son cosas de niños, y yo pasé la tarde encerrado en mi dormitorio, castigado y sintiéndome incomprendido.

UN DOMINGO PERFECTO

Tres autos-bomba estallaron en Madrid, dejando un saldo de 14 personas muertas y 9 heridas.

En Perú, el grupo terrorista "Sendero Luminoso" intensificó sus acciones de violencia, que ya han provocado 16.000 muertos desde su aparición en 1980.

Ante la perspectiva de un acuerdo Este-Oeste para retirar de Europa los misiles de corto y mediano alcance, los ministros de defensa de la OTAN acordaron perfeccionar e incrementar las fuerzas y armamentos convencionales.

Tropas de Sri-Lanka irrumpieron en los bastiones separatistas tamiles de Jaffna y Uddupidy, provocando más de mil bajas en la población.

Una multitud asistió a las exequias del Premier libanés asesinado, Rashid Karami.

La OMS informó que el SIDA ya ha alcanzado proporciones pandémicas, que son 50.571 los casos oficialmente registrados y que la enfermedad se ha detectado en 111 países, siendo Estados Unidos el poseedor del 69.5% del total mundial.

Las potencias industrializadas de Occidente y Japón anunciaron, al término de la Cumbre de Venecia, menores perspectivas de crecimiento para las naciones endeudadas del Sur, precios en baja de sus materias primas y

mermas en sus posibilidades de hacer frente a la deuda que las acosa, pero les ofrecieron sólo una reiteración del Plan Baker y algunas medidas adicionales de escasa importancia.

Gustavo Urquidi dejó el periódico a un lado de la cama y deslizó su mirada a través de los amplios ventanales de su habitación. El cielo estaba completamente despejado. Era un domingo perfecto. Sonrió: podría ir al fútbol con su abuelo, y luego, al anochecer, visitaría a Cecilia. Pasaría un agradable momento con ella, conversando y escuchando música.

UN DIA CUALQUIERA

Al alba, observando el horizonte surcado por franjas anaranjadas preludivando el día, el hombre de rostro impasible comprendió que había llegado la jornada irrevocable; comprendió que antes del anochecer acabaría con el otro hombre de rostro impasible, el que se creía en secreto capaz de un destino mejor, el que no cesaba de hacerle reproches a la divinidad.

Hizo sus labores de rutina con pulcritud: desayunó en la apacible soledad del amanecer, fue a su oficina y trabajó sin cesar hasta el mediodía, retornó a su casa y, después de un almuerzo fugaz con su esposa y sus dos hijas, volvió a su oficina; toda la tarde despachó expedientes, firmó actas, selló formularios con inigualado fervor. Finalizó su tarea exhausto.

Murió al atardecer, sin agonía.

LA TRANSFORMACION

Empuñó el instrumento con precisión, observó nuevamente aquel temeroso semblante, apretó los labios y, poco a poco, su brazo trazó un arco en el aire hasta que la hoja afilada rasgó aquella piel morena, blanda como un jabón. Observó la hendidura, la sangre escurriéndose en hilillos viscosos, y contuvo una exclamación. "Me estoy volviendo hombre —pensó—. Me estoy volviendo hombre".

Después de algunos segundos de duda, repitió la operación: el brazo volvió a describir en el aire una línea curvada, la hoja de acero volvió a hendir con violencia en aquella carne irritada, ardorosa como una lengua de fuego. Observó aquellas facciones laceradas por el dolor, aquella mirada incolora y nerviosa, y sintió que lo peor había pasado. "Por fin lo hice —pensó—. Me estoy volviendo hombre".

Escuchó un rumor de bisagras enmohecidas, dirigió la mirada hacia la puerta y encontró la delgada y furiosa silueta de su padre, las palabras que sumergían su cuerpo en un pozo sin fondo; entonces, olvidando el dolor y con la vergüenza adherida a su piel como un emplasto humillante, dejó caer la máquina de afeitar.

LA FAMILIA

—¡Soy inocente, yo no maté a mi padre!— exclamó mi hermano, desesperado, apenas escuchó la sentencia. Me acerqué a él, intenté infundirle ánimo, le dije que yo le creía (y era verdad: tenía la certeza de que no mentía), pero mis palabras eran vanas: su nuevo destino estaba sellado. Apoyó su cabeza en mi pecho, lloró.

Fui a visitarlo todos los sábados por la tarde, durante veintisiete años, hasta que falleció. En el velorio, al mirar su precario ataúd desprovisto de coronas y recordatorios, sentí por primera vez el peso amargo del remordimiento.

EL ENCARGO

Solicitaron sus servicios para eliminar a una persona por quien sentía un aprecio particular. Enfundado en su vasto silencio y esbozando un leve gesto de duda, recibió el adelanto convenido. Como siempre, no preguntó los porqués, aunque esta vez le hubiera gustado hacerlo.

Por la noche, fue a un sórdido bar a tres cuadras de su departamento. Allá se encontró con Carlos, un amigo lo suficientemente lejano como para desconocer su oficio. Bebieron, conversaron, cantaron hasta rayar el alba; antes de despedirse brindaron por la salud de su víctima, y luego, sin explicaciones para Carlos, lloró.

Despertó al mediodía en la penumbra de su habitación, sumergido en su camastro con las ropas aún puestas y el crepitar de un incendio en la cabeza. Una ducha con agua helada lo reanimó por completo. Se despidió de Mariel, su esposa, y fue a cumplir el encargo.

Trató de disipar los vestigios de escrúpulo que aún le sobrevivían; luego, los ojos entrecerrados por la angustia, disparó. Al ver el rostro desencajado de su víctima, las comisuras de sus labios se contrajeron en desgarrada mueca de impotencia: yacía frente al espejo del baño, exánime. Mariel se había convertido en una hermosa y joven viuda.

LAS LINEAS

Cuando las primeras luces del día comienzan a atravesar las ventanas de su atelier, Federico, sin sueño aún, constata que sólo le faltan tres líneas para finalizar. Tres líneas blancas, y luego podrá dormir en el camastro plagado de cuadros y botellas vacías. Una línea blanca sobre la mesa gris, una línea blanca en diagonal sobre uno de los mosaicos azules, y la última, la más difícil, dividiendo en dos la mancha negra del veneno para ratas.

Federico piensa que, después de todo, ha sido una noche provechosa: Karina se había ido a las tres y media, luego de posar cinco horas para él; quiso quedarse a dormir, pero él resistió a la tentación: necesitaba, antes de la llegada del día, algunas horas en soledad. Y piensa que esas horas no han sido vanas: como todas las madrugadas en el atelier, se ha encontrado a sí mismo.

Antes de iniciar el final, Federico toma un vaso de vodka y recuerda a Van Gogh: ah, Van Gogh. Algún día. Luego, se sube a la mesa gris, se inclina sobre ella y comienza a aspirar la primera línea blanca.

DESAPARICIONES

Quando arribó a su departamento, una nota lo enteró de que su mujer se había marchado con sus dos hijos. Pensó: por ella no me preocupo, no faltará quién la ayude. Y por ellos tampoco: ya saben todo lo que tienen que saber.

Después, cuando no halló sus ahorros acumulados en veintinueve tenaces, pacientes años, pensó en suicidarse. No encontró su revólver. Ella lo necesitará más que yo, pensó. Decidió arrojarse del balcón. Pero el balcón había, también, desaparecido, y con él la calle y los autos que iban y venían, la gente que cruzaba las aceras y los otros edificios y el cielo que a veces era de un azul vibrante y otras de tormenta.

Decidió no hacerse de tantos problemas y encendió el televisor

CARNAVAL

Fui invitado a un baile de disfraces. Decidí disfrazarme de mi mismo, así que me saqué la máscara que uso habitualmente cuando salgo a la calle, voy al trabajo o a visitar a mi novia, de parto con mis amigos o me quedo en casa con mi familia.

La fiesta estuvo aburrida y los disfraces carecieron de originalidad: todos tuvieron mi idea.

LOGICA

Alguien ha disparado: el eco del pistoletazo aún resuena en mis oídos. Alguien ha recibido un disparo: los gritos de sorpresa y dolor aún perduran en mí.

Yo no he sido el que ha disparado. Yo no he sido el que ha recibido el disparo.

Ergo: no ha sucedido nada.

LA FE Y LAS MONTAÑAS

El domingo por la tarde, el Tunari se desplazó algunos kilómetros hacia el sur y el San Pedro se acercó, lenta pero perceptiblemente, hacia el centro de la ciudad, ambos levantando inmensas cortinas de polvo que impidieron la visibilidad por el resto del día.

De nada sirvió. El lunes a la madrugada, mi madre murió.

HISTORIA DE ADOLFO

De los casos más extravagantes de desdoblamiento de la personalidad que conozco, citaré el de Adolfo Molinari, citado a su vez por Antonio Paredes Candia en su décimo tomo de "Tradiciones y Leyendas de Bolivia", página 426. Sucedió en Cochabamba, a fines del siglo pasado.

Adolfo se casó a los 27 años. Un año después, simultáneamente, se convirtió en viudo y padre de un niño de penetrantes ojos claros. Hasta los 58 años llevó una tediosa vida de funcionario público (se especula que esa habría sido la causa que originó su mal) y luego, de improviso, renunció a su trabajo y no se lo vio más: atrancó las puertas y ventanas de su casa y no volvió a salir de ella. Aunque muchos dudaban, otros lo sabían recluído entre aquellas cuatro paredes, silencioso, presente de algún modo en la vida sin matices de fin de siglo.

Tres años después, su hijo, que había llevado una vida errante, apareció muerto en la colina más alta de la ciudad, crucificado. Los buscadores del culpable arribaron a su casa y, ante la ausencia de respuestas, forzaron la puerta. No lo hallaron (y no lo hallarían, y nadie más volvería a verlo, aunque algunos dicen que no ha muerto, que está aquí todavía); encontraron, en cambio, algunos objetos extraños, y guiándose por anotaciones en un papel arrugado que quizá servía de ayudame-

moria, descifraron sus usos: una brújula desvencijada para "agitarla tres veces y producir tormentas, cuatro veces para terremotos", un martillo para "introducirlo en un balde y lograr sequías, colocarlo bajo la cama para iniciar guerras, ponerlo sobre un armario para finalizar guerras", un dardo de hierro oxidado para "arrojarlo a la pared y conseguir hambrunas, al techo para deponer presidentes, dormir con él para iniciar democracias", un vaso de porcelana para "tomar agua de él y hacer aumentar la burocracia, alcohol puro para la creación de fascismos, ron para impedir intervenciones norteamericanas y soviéticas, whisky para aumentar el deseo de los hombres por las mujeres de sus prójimos", y así, sucesivamente, con 67 objetos más.

Encontraron, también, un evangelio inconcluso del cual, casi un siglo después, las comisiones encargadas de la verificación de su autenticidad o falsedad no han emitido opinión alguna.

LA PARTIDA

Febriles, ardorosos, los ajedrecistas se obstinan en una batalla sin tregua, plagada de estallidos de sangre y, a veces, de sutilezas. El que lleva las fichas blancas posee la iniciativa, domina el centro y las columnas clave, manipula los hilos del enfrentamiento. El otro, el de las fichas negras, sabe desde la tercera o cuarta jugada la inexorable derrota; sin embargo, juega con visible placer: faltan muchas horas para la inclinación de su rey. Acaso en el tiempo que le resta descubra, viva algunas jugadas hermosas, acaso algunas combinaciones lo exalten, acaso descifre alguna de las infinitas, imprevisibles claves del juego.

ULTIMO DESEO

—¿Cuál es tu último deseo? —preguntó el oficial.

—No quiero morir.

—Concedido —dijo el oficial—. Suelten al prisionero.

DE VIGILIAS Y SUEÑOS

Durante treinta y dos años sus sueños han poseído la capacidad de anticiparse a la realidad. Familiares que mueren, amigos que desaparecen y mujeres que se le entregan sin pudor, han sucedido horas después del sueño, nada disímiles, plagiados con intolerable, obscena precisión.

Una noche sueña su muerte plácida, exenta de sufrimiento. Angustiado, espera el desenlace. Una semana después, nada ha ocurrido; entonces, vuelve a soñar su muerte plácida, vuelve a esperar el desenlace. Nada ocurre.

Obsesivo, recurrente, ya despojado de originalidad, el sueño se repite durante veintiseis días. Nada sucede. Se vistumbra inmortal. Por esa razón, y también por el retorno de la monotonía a su vida, decide asaltar un banco.

El siguiente lunes por la tarde, lleva a cabo su plan. El disparo de un policía, entre ceja y ceja, lo dobliga al suelo. Muere al instante.

LAS CARTAS PERDIDAS

Soy el encargado de correos del país de las cartas perdidas. Aquí llegan cartas de Bangkok, Ulan Bator, Tarrifa, Morazán, Nairobi. Antes, las leía casi todas. Me entretenían, me ayudaban a vencer el hastío.

Ahora, ya no. Todas, en el fondo, dicen lo mismo, disfrazan con palabras diferentes, nombres diferentes, lugares diferentes las mismas situaciones, los mismos hechos. Aburren.

LA FIESTA

Llegaste a tu casa a las tres de la madrugada y te encontraste con una fiesta de disfraces. Tú no la habías organizado y no sabías quién podía haberlo hecho porque vivías solo, así que te apoderaste de un sentimiento de extrañeza y con él te dirigiste, sucesivamente, a un arlequín, a una prostituta de maquillaje excesivo, a un pirata con un loro en el hombro derecho. Nadie te dio razones, nadie parecía conocerte. Creíste que lo mejor era dormir para así poder despertar y comenzar de nuevo, pero en tu cama dos payasos hacían el amor. El cuarto de invitados estaba cerrado por dentro, del baño salían febriles gemidos, en la sala de estar parejas semidesnudas se emborrachaban: no tenías dónde ir. Abriste una botella de cerveza y decidiste participar en la fiesta. Bailaste, besaste, te besaron.

Se fueron aproximadamente a las seis. Ninguno se despidió de tí. Te dirigiste a tu cama pero no pudiste llegar a ella: exhausto, te desplomaste en el pasillo y te quedaste a dormir allí, enredado en serpentinas, un vaso vacío en la mano.

RETRATO DE MUJER MIRANDO A LA BANDERA

Ella estaba sentada, cruzando el pasillo, en la misma fila en la que yo me hallaba, con el rostro hacia la ventana, la mirada fija en una descolorida bandera de Bolivia, un trapo sucio y viejo azotado tenazmente por el viento. Dubité antes de hacerlo, pero el viaje prometía aburrimiento de modo que me acerqué a ella y me senté en el asiento de al lado. Ella percibió mi presencia pero no dejó de mirar a la bandera.

—Interesante vista —dije.

—Me recuerda a mi esposo —dijo—. Murió en la guerra del Pacífico, defendiendo a la patria.

La guerra del Pacífico ocurrió hace 109 años, y ella no aparentaba más de veinte. Es muy probable que no quiera conversar conmigo, pensé.

—Las guerras son trágicas— dije; ¿qué más podía decirle? Todas las frases que me cercaban eran diferentes versiones de la misma falta de originalidad.

—Lo sé. También en una de ellas perdí a mi hermano. En la guerra del Chaco.

Sonreí y me dí por vencido. La guerra del Chaco había finalizado hace cuarenta y tres años.

—Bueno —dije, incorporándome—. Me llamo Rodolfo. Soy su compañero de viaje y estoy sentado al otro lado del pasillo.

Ella me miró por primera vez.

—Rodolfo... —susurró, sorprendida—; el nombre de mi esposo. Rodolfo...

Su voz poseía todas las cualidades de la tristeza, su rostro carecía de mentiras; enfrenté su mirada por un momento, sin saber qué decirle, y luego hice un gesto que denunciaba comprensión y volví a mi asiento.

Cuando el tren comenzó a moverse mis ojos la buscaron, encontraron su cuello pálido girando desesperadamente en la fría mañana de invierno. Adiviné su mirada aún no desprendida de la bandera, del trapo sucio y viejo azotado tenazmente por el viento.

MI HERMANO Y YO

Hace más de tres horas que estamos esperando que el semáforo cambie de rojo a verde y nos permita el paso. Entretanto, una fila sinfín se ha ido formando detrás nuestro. Yo ya he perdido la paciencia pero evito comentarios o sugerencias: sé que no me va a escuchar, que su ridículo apego a la ley le va a impedir cruzar el semáforo por más que le diga que lo más probable es que se haya arruinado. Y sé que no querrá dejar su auto aquí, su más valiosa posesión.

Podría irme y abandonarlo, pero no conozco esta ciudad y me perdería sin demora. Podría llamar al servicio de reparaciones desde el teléfono público de la esquina, y así obtener una posibilidad de acortar la espera, pero por alguna extraña razón prefiero que a alguno de la fila se le ocurra la misma idea y lo haga.

Los dos nos hallamos en silencio; yo no sé de qué hablarle, imagino que a él le sucede lo mismo. Siempre ha sido así. El cassette de U-2 ya lo he escuchado cuatro veces. Trato de distraerme pensando en Cira. Qué estará haciendo, qué estará soñando, si se acordará de mí.

LOS HERMANOS KARAMAZOV, PAGINA 877

El 4 de julio de 1962 Gonzalo Velasco fue arrestado y conducido al penal de San Sebastián; una semana después, supo el motivo: su caso llevaba el rótulo de "violación". El no recordaba haber cometido ningún acto de ese tipo, no recordaba siquiera haber besado o tocado a alguna mujer desde sus diecisiete años, allá por 1950: pero muchos días de los últimos meses los había pasado borracho, y de esos días extensas porciones habían sido olvidadas por el alcohol, de modo que todo era posible y si ellos se lo decían no podían, no debían estar equivocados. Aceptó su culpa sin indagar en pormenores: prefirió la ignorancia, que atenuaba en algo, pensó, su corrupción.

Tampoco dijo nada cuando le informaron que su juicio se llevaría a cabo el 7 de marzo de 1993: sabía de la crisis económica de su país, sabía de la imposibilidad del reclutamiento de personal para la Corte Suprema, de mejoras en su eficiencia. Pensó que la espera lo ayudaría a concluir algunas obsesiones: la lectura de las obras completas de William Faulkner, Fedor Dostoievski y Jorge Luis Borges.

El 10 de octubre de 1988, en la página 877 de "Los hermanos Karamazov", un violento, sorpresivo ataque cardíaco lo hizo morir.

LA ESPERA

Como todos los domingos, mi padre me dijo que iría a pescar y regresaría al atardecer y yo le creí; mi madre me dijo que iría a visitar a mi abuela y yo le creí; mi hermana habló de una excursión al Tunari con su novio y tampoco dudé.

Han pasado cuatro años y empiezo a sospechar que no volverán. Me he quedado sin teléfono y sin electricidad, imagino que por falta de pago, y no me gusta leer. Mis provisiones se han agotado y cada vez me es más difícil encontrar ratones o gusanos.

Y tampoco puedo salir de esta casa: me es intolerable la idea de que en el momento en que lo haga ellos regresen y volvamos a desencontrarnos. Así que me dedico a esperar sin hacer nada de la mejor manera posible.

UN PASATIEMPO SIN SENTIDO

Es curioso que después de vivir juntos durante más de seis años él siga preguntándome mi nombre con inusitada frecuencia. Puedo buscar razones, pensar en la versión opuesta de Irineo Funes, sospechar un atroz descuido hacia mis respuestas, hacia todo lo que yo le digo (porque, lo he comprendido, no sólo olvida mi nombre) cuando nos encontramos en el almuerzo, en la cena, a veces en el desayuno: nada de eso evitará la molestia, el pertinaz desdén con que le responderé.

A veces razono que lo mejor es acabar con esta farsa, liberarme de su desinterés. Pero luego recuerdo que es mi único amigo y me resigno a no perderlo. Al menos me he prometido, para no hastiarme de mis respuestas, a manera de secreta venganza, de pasatiempo sin sentido, no responderle dos veces con el mismo nombre.

Sé, sin embargo, que esta situación es temporal: algún día agotaré los nombres que conozco y deberé elegir entre romper mi promesa o perder su amistad. Sé, también, que preferiré la soledad a ser infiel a mí mismo. Todo lo sé, lo sé muy bien, pero no puedo eludir al miedo a la llegada de aquel día. Por eso, como desesperado recurso, como solución tampoco definitiva, he dejado mi trabajo para dedicarme por completo a la búsqueda, a la recolección de nuevos nombres que me permitan atrasar el ineludible final.

APOGEO Y DECADENCIA DEL TEATRO

En esa época el teatro se había vuelto tan popular que todos actuaban en todas partes sin importarles la ausencia de un argumento coherente, de disfraces adecuados, sin importarles nada de nada. Los actores profesionales, que veían, consternados, la invasión de su territorio, decidieron hacer una huelga de hambre hasta las últimas consecuencias si no cesaba ese atropello. El presidente fue a hablar con ellos, les dijo que tenían razón y les aseguró que dictaría un decreto prohibiendo, bajo pena de muerte, la actuación sin permiso oficial. Cuando lo hizo, nadie le creyó (era obvio, él también estaba actuando), pero todos comenzaron a actuar como si le hubieran creído, y este nuevo papel, el de ciudadanos sumisos a la ley, le dio a él la idea de un papel original, el de presidente fiel a sus decretos. Y, uno por uno, los hizo arrestar y los condenó a la horca o a la guillotina o al paredón de fusilamiento. Los soldados que cumplieron sus órdenes gracias a un audaz papel de fieles defensores de la ley, sufrieron remordimientos en masa (o acaso haya sido otra actuación) al darse cuenta del exterminio cometido, y decidieron el éxodo, el abandono del escenario de sus atrocidades.

Los actores profesionales recuperaron la dignidad de su trabajo, pero su felicidad se trocó en tristeza al

descubrir que se habían quedado sin público. Sin embargo, siguieron actuando todos los viernes y sábados y domingos en la noche ante el teatro vacío; de vez en cuando, percibían en la platea la figura solitaria y taciturna del presidente, que no gustaba de sus obras pero actuaba como si le gustaran.

ANAHEIM, CALIFORNIA

La nueva, polémica atracción de Disneylandia, inaugurada hace tres meses, se ha convertido ya en el eje, la principal fascinación de la diaria, interminable concurrencia. Se trata de un laberinto gigante que promete perder a todos los que se aventuren a entrar por sus pasadizos de un metro de ancho, de paredes grisáceas de tres metros de altura en las que se encuentra una profusión de espejos de diversos tamaños, de diversos reflejos, de trampas diversas. Los osados no son escasos: el promedio alcanza a 1123 por día.

41 personas han encontrado la salida en sus 91 días de actividad; 102152 se hallan todavía perdidas, de las cuales, se conjetura, los muertos son más. El perfume de frutilla diseminado en derredor del laberinto no alcanza a esconder el olor de la carne en descomposición.

Los pavorosos gritos de los sobrevivientes colaboran en la ambientación del espectáculo. El presidente de la compañía ha anunciado la imposibilidad de rescatarlos: nadie del personal se anima a ingresar al laberinto; por otro lado, clama su inocencia: en el reverso del ticket de entrada existe una frase que indica que la empresa no se hace responsable por ningún objeto perdido en Disneylandia.

Diversos grupos de presión han iniciado una cam-

pañã que en su punto más sobresaliente pide el boicot de todo lo que se halle relacionado con Disneylandia. El gobernador de California ha amenazado con revocar el permiso de funcionamiento del parque. El presidente de los Estados Unidos ha hablado de una posible intervención federal. Mientras tanto la concurrencia no disminuye, hace interminables filas desde la madrugada, bajo lluvia o sol violento, ansiosa de realidad, de un poco de vida en sus vidas.

BARNES

En la celda en la que había sido encerrado, Barnes pensó que todo era una equivocación y que se aferraría a la verdad con altivez. Pero después, cuando lo llevaron a un cuarto oscuro y le enfocaron a los ojos con un poderoso reflector y se inició el interrogatorio, cuando lo acusaron de asesinar al presidente, pensó en su mediocridad, en la atroz insignificancia de su vida, y dijo, sintiendo por primera vez el peso orgulloso y futil de la importancia, que sí, que él había asesinado al presidente. Después lo acusaron de haber colocado la bomba que mató a 287 soldados en el Regimiento Tarapacá, y lo único que hizo fue reírse con desprecio y aceptar el cargo. Luego, sin vacilaciones, confesó del sabotaje al gasoducto, que había dejado a Bolivia en la inanidad económica, del incendio que había consumido el 92% de los parques forestales cochabambinos, de los cuatro aviones del LAB que habían explotado en pleno vuelo, de la violación de la hija del embajador norteamericano en La Paz. Luego le dijeron que lo fusilarían al amanecer del día siguiente. Y él dijo que estaba de acuerdo, que un hombre como él no merecía vivir.

SIMULACROS

A los siete años, Weiser descubrió que le repugnaba el colegio y, sin hesitaciones, lo abandonó; sin embargo, para no contrariar a su madre (desde la muerte de su padre, él, hijo único, era la cifra de las esperanzas de ella), continuó levantándose en la madrugada, enfundándose en el uniforme obligatorio y saliendo en dirección al colegio y regresando al mediodía y hablando sin pudor de exámenes y profesores; de vez en cuando, para mantener la farsa, debió recurrir a la falsificación de notas de elogio por parte de la dirección y libretas pletóricas de excelentes calificaciones, debió recurrir a excompañeros, que iban a su casa ciertas tardes a ayudarlo a simular que hacía las tareas. Ella confiaba en él; acaso por ello no se molestó en ir al colegio y averiguar por cuenta propia de las mejoras de su hijo, ni sospechó de la ausencia de reuniones de padres de familia y kermesses a las que de todos modos no hubiera ido. Siguió puntual, pagando las pensiones el primero de cada mes, entregándole el dinero a su hijo, quien, solícito, se ofrecía a librarla de la molestia de tener que ir hasta el colegio.

Todo persistió sin variantes hasta el día de la graduación, en el que Weiser debió pretextar un súbito, punzante dolor en la espalda que lo confinó a la cama; su madre, preocupada por él, se alegró al saber que no

irían a la ceremonia: no conocía a ningún profesor, a ninguno de los sacerdotes que regían el colegio, a ninguno de los padres de los compañeros de su hijo, se hubiera sentido una extraña. Al día siguiente, no pudo evitar las lágrimas al contemplar el diploma que Weiser había falsificado con descarada perfección, y pensó que ningún sacrificio era vano, que su hijo iría a la universidad. Y Weiser, mientras le decía que estudiaría medicina, pensó que le esperaban seis arduos, tensos años.

Pero no fueron ni arduos ni tensos debido a su continuo progreso en el arte del simulacro. El día de la graduación fue el más difícil de sortear: debió recurrir a 43 amigos para que hicieran de compañeros suyos, contratar 16 actores para que hicieran de cuerpo académico (profesores, decano, rector), alquilar el salón de actos de la Casa de la Cultura para realizar en él la ceremonia en el preciso momento en que la verdadera ceremonia se realizaba en el Aula Magna de la Universidad. Y ella, su madre, lloró abrazada a él.

Después abrió un falso consultorio de médico general, en el que pasaba las tardes de tres a siete revisando pacientes falsos, contratados por temor a ser descubierto por su madre en una de sus repentinas, frecuentes, inesperadas visitas. Pero no se sentía perdiendo el tiempo: el consultorio le daba un aura de respetabilidad, una fachada necesaria para mantener en el anonimato su verdadera vocación, aquella que le había permitido acumular una portentosa riqueza, la vocación de falsificador.

Nueve años después, ya con una falsa especialización en neurocirugía, su madre acudió un día a su con-

sultorio quejándose de insoportables dolores de cabeza; él la revisó y dictaminó que los dolores eran pasajeros, no revestidos de gravedad. Ella murió dos meses después. El médico forense dictaminó que la muerte se había debido a un cáncer no tratado a tiempo. Weiser no se sintió culpable en ningún momento: recordando el trayecto de su vida desde los siete años, pensó que ella, sólo ella era la culpable de esta muerte acaso evitable.

AUSTRIA 2037, 8-D

Todos los días, después de las seis de la tarde, me recostaba en la cama de mi dormitorio y procuraba concentrarme en la lectura, el único atractivo de mi inerte adolescencia; diversas circunstancias me impedían hacerlo por completo: además de tener por padres a una más de esas parejas de insulsas, perpetuas discusiones sin motivo, no podía dejar de pensar en mi hermana recibiendo a su pareja de turno en el living, Vania a los quince años, todavía inocente, ya hermosa, ya una excesiva tentación.

Vivíamos ocho meses en ese departamento cuando nos enteramos de que una pareja de recién casados se había trasladado al departamento vecino; ese hecho, pronto lo supe, sería el que asestaría el golpe final a mis lapsos de tranquilidad: su dormitorio colindaba con el mío, o al menos eso parecía: sus gemidos, sus desgarrros de placer y sus frases quebradas eludían con facilidad la pared de hojaldre y arribaban a mí intactos, acaso un poco distorsionados. Entonces, decidí dejar la lectura por algo más creativo, de mayor placer: imaginarlos, tratar de hacer coincidir sus formas en tembloroso movimiento con su murmullo inacabable y desbordado.

Ella se llamaba Melissa y era delgada, de largo pelo

rubio, labios sensuales y dotada de una mirada perversa; él se llamaba Miguel y era alto, moreno y jamás abandonaba la seriedad; con ambos me crucé en los pasillos o a la entrada del edificio y compartí viajes tensos en el ascensor, y si bien de ambos recibí miradas obscenas, de descarada provocación, susurros que me ofrecían irlos a visitar, a conversar, a tomar una taza de café, no comprendí en su plenitud lo que podía haber derivado de aquello hasta el momento en que, confundiendo con sus voces agitadas, descubrí una nueva voz, unos nuevos gemidos, el tono profundamente salvaje de un hombre mayor. Una semana después, la tercera voz pertenecía a una mujer que jadeaba con una cadencia de experta y, elaborando una combinación irresistible, explotaba con unos chillidos agudos, desenfrenados, como de niña. Tres días más tarde escuché, al unísono, las cuatro voces. Enardecido, pensé con frustración en la estupidez de mis diecisiete años, en los insuficientes besos de Carla, en esa única vez en la que empeñé mi reloj a cambio de tres minutos sin olvido.

Esta vez no hubo casualidad, yo busqué el encuentro, la esperé en la puerta del edificio y cuando llegó aparenté que recién llegaba; en el ascensor, nervioso, no pude resistir su mirada y bajé la vista al suelo; al despedirnos ella murmuró una vez más, cálida, sugerente, su invitación a tomar una taza de café. Y yo acepté. Hicimos el amor hasta la extenuación y me sentí corrupto pero feliz. Melissa me pidió que volviera el día siguiente a las seis de la tarde.

Así lo hice. Miguel estaba con ella y me sentí un intruso; me hicieron, crueles, una proposición que no

acepté; les dije que los miraría y si ganaba confianza y me animaba me uniría a ellos.

En la habitación, mientras los miraba hacer el amor, trataba de no oír las voces de mis padres riñéndola a mi hermana, filtradas a través de la pared de hojalbre. Era imposible, los gritos se superponían al murmullo de Melissa y Miguel, imágenes familiares me impedían concentrarme en ellos. El tono profundamente salvaje de mi padre, pensé, inconfundible, acaso un poco distorsionado. Los chillidos agudos de Vania, pensé, desenfrenados, como de niña, inconfundibles, acaso un poco distorsionados. Y mi mirada se extravió y cuando Melissa me llamó le dije que no me molestara por un momento, que necesitaba diez minutos de soledad, tal vez media hora, tal vez más.

EL GENERAL

Nací cuando el dictador ya había finalizado su obra mayor: el país ya llevaba su nombre, General Ricardo Salvatierra; los nueve departamentos del país también llevaban su nombre, y de la misma manera las noventa y cuatro provincias y las calles y avenidas y autopistas de cada una de las ciudades, y los puentes y las plazas y las estaciones del ferrocarril, y aeropuertos y ríos y montañas y todo aquello digno de tener un nombre en el territorio nacional. Todas las estatuas eran él, y en los libros de historia se aprendía que las batallas de la independencia habían sido ganadas por los generales Arturo y Luis Salvatierra, sus antecesores, nuestros heroicos libertadores, colaborados por sus edecanes, un tal Simón Bolívar, un tal Antonio José de Sucre.

Nuestra generación, resignada, debió aprender a vivir en esa maraña de similitudes. En los exámenes, por ejemplo, ya no era necesario aprender los nombres de los ríos: debíamos dibujar su curso, mencionar su extensión y ancho y profundidad. Para reconocer de qué departamento hablaba el profesor debimos volvernos expertos en inflexiones, medios tonos, vocales alargadas, eses susurrantes, tes explosivas o implorativas. Pronto aprendimos a diferenciar entre el departamento General Ricardo Salvatierra y el departamento General Ricardo

Salvatierra y el departamento General Ricardo Salvatierra. En el fondo no era difícil: sólo era necesario tener oído y una buena dosis de sutileza. Lo difícil fue soportar la convivencia con ese nombre: ¿cómo no recordar cada vez que lo utilizábamos, y no pasaba un minuto sin ello, por un simple proceso de asociación de ideas, las matanzas de Catavi y San Juan, los campos de concentración de Terebinto y Ayo-Ayo? ¿Y las deportaciones en masa y la censura de prensa y la desaparición de opositores al régimen? Imposible no recordar. Imposible.

Es cierto, todo eso terminará este año: el General, acaso acosado por los sentimentalismos de la vejez, ha decidido retirarse después de cuarenta y tres años en el poder y ha convocado a elecciones para noviembre. Sin embargo, sea quien sea el elegido, los nombres no serán cambiados: son nuestra única atracción, nuestra única fuente de ingreso; atraídos por ellos, los turistas nos desbordan día tras día, nos permiten sobrevivir en un país que no produce nada; ¿quién no va a querer conocer un país en el que uno se puede citar en el café General Ricardo Salvatierra de la calle General Ricardo Salvatierra, esquina calle General Ricardo Salvatierra? Ah, ellos se divierten. Nuestra rutina es su laberinto, nuestra angustia su pasatiempo.

La generación de mi hijo vivirá, hasta el día final, con la misma angustia de nuestra generación. La generación del hijo de mi hijo, acaso, vivirá también con esta angustia. Y las generaciones se sucederán y algún día llegará una para la cual pronunciar el nombre del General no le producirá ninguna sensación, ninguna imagen atroz, no será reminiscente de nada. Para ella, sólo para ella escribo estas líneas.

SOMBRAS

A las dos de la madrugada del jueves me recuesto sobre la gastada alfombra gris de mi departamento y observo, a través del ventanal, el edificio del frente. Algunas luces se hallan encendidas. Ciertas ventanas dejan escapar el resplandor producido por televisores que se niegan a ser apagados. Por las cortinas entreabiertas del séptimo a se divisa la silueta de Vasconcelos inclinada sobre su escritorio, escribiendo una más de aquellas poesías que hablan de la trampa en que se ha convertido este mundo y de nuestra radical futilidad. Las luces apagadas del octavo b me hacen imaginar a la pareja que vive allá como la imaginé la primera vez, como la imagino siempre, haciendo el amor con crueldad y vehemencia, ausentes de inocencia los dos.

De rato en rato me traslado hacia uno de los departamentos del edificio del frente y, recostado sobre una alfombra gris, miro hacia aquí, miro al hombre recostado sobre la alfombra gris observando el edificio del frente, miro a una sombra observando otras sombras. Y cae sobre mí toda la inmensidad de la ausencia.

LOS CAMINOS

Los treinta y siete caminos que salen de la ciudad me llevan a casa. Puedo elegir aquél en el que debo atravesar una ciénaga y un bosque encantado para llegar a ella. Puedo elegir aquél que bordea precipicios pasmosos, o el que se compone únicamente de un puente colgante de balanceo aterrador, o aquél en el que siempre me cruzo, a las tres de la tarde, con la mujer que amaré de por vida y que jamás será mía. En suma, puedo elegir: siempre llegaré a casa.

Pero ésta es una libertad ilusoria: la elección es de forma, de decorado, no de fondo: ¿existe libertad si todos los caminos me encuentran y no hay uno, uno solo que me extravíe? Ah, sería de un placer voluptuoso, único, el momento en el que, sabiendo que existen tres o cuatro caminos en los cuales me puedo perder, deba decidir por dónde volver a casa. La duda me atraparía, y quizá terminaría confiando al azar mi elección, o quizá no y haría lo posible para extraer de mi razón la decisión perfecta.

No debe descartarse la posibilidad de que, por sentirme en desacuerdo con un mundo en el que todos buscan encontrarse, yo me quiera extraviar. Entonces: el gozo que sentiría cuando, al cabo de dos o tres días, mi casa no se divise en el horizonte y estén prontos a arribar una nueva noche con su cortejo de cosas desconocidas, un nuevo día con su cortejo de descubrimientos. El gozo que sentiría.

LAS DOS CIUDADES

Debido a la negativa de los cochabambinos a usar su ciudad como set de filmación por espacio de once meses, los productores de la miniserie "Pueblo chico, caldera del diablo" decidieron no escatimar recursos y construir una réplica de Cochabamba, del mismo tamaño que la original. Después de dos años de trabajos ininterrumpidos, la réplica fue concluída con una exactitud que desafiaba a cualquier observador imparcial a discernir cuál de las dos ciudades era en realidad la original. En la nueva ciudad no faltaba nada de la esencia de la ciudad fundada en 1574: caótico urbanismo, deprimente mal gusto, calles de pavimento destrozado, suciedad, pobreza.

La miniserie fue filmada en cuatro meses y el escenario fue abandonado: todo hacía preveerle un destino de pueblo fantasma. Sin embargo, su cercanía de Cochabamba (veinte minutos) comenzó a proveerle de visitantes los fines de semana. No se sabe cuando se instalaron en él los primeros habitantes, lo cierto es que apenas iniciado, el flujo no se detuvo: a fines de 1988, Cochabamba se había convertido en una ciudad fantasma. Todos sus habitantes vivían ahora en la ciudad réplica.

¿Por qué los cochabambinos han cambiado su ciudad por una copia exacta, no por algo mejor o peor? Se

han arriesgado sin fin de explicaciones en busca de la comprensión de dicho fenómeno; una de ellas, acaso la más lógica, conjetura que es muy posible que ellos, con su traslado, hayan logrado la de otro modo imposible reconciliación de dos deseos en perpetuo conflicto en cada ser humano: el deseo de emigrar, de cambiar de rumbo, de buscar nuevos horizontes para sus vidas, y el deseo de quedarse en el lugar donde sus sueños vieron la vida por vez primera, de permanecer hasta el fin en el territorio del principio.

Es muy posible. Pero esa es una explicación más, no la explicación. Nadie sabe la explicación, nadie la sabrá.

EL PROXIMO INSTANTE

Durante cuatro horas he estado buscando mi auto en esta playa de estacionamiento. He recorrido fila por fila sin suerte, he revisado auto por auto hasta cerciorarme por completo de mi fracaso. Me niego a pensar en un robo: las soluciones prosaicas no son de mi agrado. Prefiero pensar en una desaparición. No es la primera de esta semana: poco a poco, el mundo se escabulle de mis manos.

Hace tres días encontré un lote baldío en el lugar donde se hallaba mi casa; creí haberme equivocado, pero la dirección en mi carnet de identidad no mentía, y tampoco las fachadas familiares del barrio que habité durante quince años. No quise molestar a los vecinos, no quise agregar un nuevo problema sin solución a los tantos que ya tenían entre manos; me resigné a la pérdida de la casa, pero todavía me horada el corazón la ausencia de mi esposa, de mis dos hijas.

Ayer no encontré el edificio que solía albergar las oficinas de la compañía para la cual trabajaba. Por la noche no encontré el bar en el que se hallaban mis únicos amigos y en el que, de vez en cuando, me emborrachaba para combatir con el olvido los excesos de la realidad. Me niego a pensar en equívocos, confusiones de una mente exhausta. Poco a poco, el mundo se escabulle de mis manos.

No es necesario ser adivino para saber cual será el siguiente eslabón de la cadena de desapariciones: un día despertaré y no encontraré mi ser en este cuerpo. El cuerpo será habitado por la ausencia. Y en ese instante, acaso el próximo, se agotarán mis palabras y sobrevendrá el silencio.

LA CLASE

Aunque a primera impresión lo parezca, con mis piernas cruzadas bajo el pupitre y mis ojos distraídos yendo del profesor al pizarrón y luego hacia la ventana, yo no estoy en esta clase. Me he alejado de ella desde el momento en que traspuse el umbral y me senté en el lugar acostumbrado. La primera impresión, al igual que las demás, es siempre mentirosa.

Mis compañeros tampoco están en esta clase. Aunque parecerían hallarse tomando notas sobre la toma de Constantinopla por los turcos, atentos y con el ceño fruncido, a mí no me engañan. Yo los conozco muy bien, y sé que ninguno de ellos está aquí.

El profesor tampoco está en esta clase. Habla sin la rutina a la que nos tiene acostumbrados, habla con pasión, con énfasis, con demasiado énfasis, como si verdaderamente le interesara la toma de Constantinopla, como si su forzada exageración pudiera ser capaz de convencernos de que sí, es cierto, él está aquí. Al contrario: el énfasis, la exageración son la prueba más convincente de que él no está aquí.

Este salón está vacío. Y en él ronda ese olor a muerte que posee toda ausencia.

NAVIDAD

Ella, que era la dueña de casa y había sido encargada de la invitación, supo desde el primer instante, cuando lo vio cruzar el umbral de la puerta de entrada y acercarse a ella y abrazarla, que él no era uno de los treinta y siete miembros de la familia invitados para la cena de Navidad. Los conocía a todos al detalle, incluso a los parientes que no vivían ni en la ciudad ni en el país, de modo que descartaba un olvido, una confusión, un arribo imprevisto. No; él, con su rostro serio y ausente, con una mirada que entremezclaba tristeza y soledad, no era de la familia. Sin embargo, nadie más que ella se dio cuenta, o quizás todos se dieron cuenta pero lo disimularon muy bien cuando se acercó a saludarlos, es que la familia era tan grande que uno jamás podía conocerlos a todos, es que sólo nos reunimos una vez al año.

Ella volvió a la cocina, a terminar de preparar la cena, pero de rato en rato, provista de excusas, retornaba al living para observarlo. Allí estaba él con un vaso de vino blanco en la mano, alejado de los pequeños grupos que se formaban, de las carcajadas estridentes y del bullicio de los niños que corrían de un lado a otro y reclamaban con urgencia la apertura de los regalos. Se acercaba al árbol de navidad y lo contemplaba; se daba

la vuelta y se dirigía hacia los amplios ventanales y se perdía algunos minutos con la mirada a través de ellos; o se apostaba cerca a una esquina y desde allí los contemplaba a todos, su seriedad disuelta a ratos para devolver una sonrisa, acaso un brindis que recorría la habitación de un extremo a otro. Ella observaba con disimulo el terno modesto pero impecable, los refulgentes zapatos negros, la corbata del color exacto para la combinación, el pañuelo que asomaba del bolsillo superior izquierdo del saco. Ella lo observaba pero no encontraba respuestas a sus interrogantes.

A las doce fue servida la cena. El cenó en silencio, ajeno a las conversaciones en su derredor, y cuando todo concluyó se hizo a un lado porque llegaba el intercambio de regalos y él no tenía nada para ofrecer, nada para recibir. Ella lo observó contemplar el destrozo de los papeles de regalo y la algarabía de los niños con el rostro deshabitado de gestos; tuvo el impulso de acercársele, pero se contuvo.

Después hubieron más brindis y conversaciones. A las tres de la mañana vinieron las despedidas y la gente comenzó a irse. El fue uno de los últimos. Se acercó a ella, que se hallaba en la puerta, le dio un beso en la mejilla, la abrazó, murmuró un felicidades y un gracias y se fue. Ella lo observó caminar una media cuadra al borde de la acera y no pudo controlarse más y gritó, eh, señor, y él se detuvo y se dio la vuelta y ella se le acercó a pasos apresurados y se detuvo a cinco metros de él

—¿Sí? —dijo él.

Ella lo miró y se quedó en silencio, incapaz de poder construir una frase coherente. Luego dijo:

—No... nada. Nada. Feliz navidad.

—Feliz navidad —dijo él. Y se dio la vuelta y se marchó.

SEGUNDA PARTE

ETERNO RETORNO

Ayer te encontré recostada en la austera cama de nuestra habitación. Como aquella vez hace dos semanas, te hallabas desnuda, tu vestido de terciopelo raso en el piso, tu inefable belleza en su apogeo. De improviso, apenas comencé a oír tus gemidos de placer, atravesó por mi cuerpo una asfixiante sensación de vértigo; luego, mordí con fuerza mis labios al ver tu rostro entregado y tu cuerpo estallando salvajemente en el éxtasis total de dos formas que se funden.

Hacías el amor con otro hombre, como aquella vez. Lleno de ira e impotencia, te disparé como aquella vez.

Desperté bruscamente. Hace dos semanas que todas mis noches son intranquilas.

SOSPECHA INFUNDADA

—No sé si debería decírtelo, pero lo voy a hacer.

—¿Sí, querida?

—Es algo que me ha tenido muy preocupada las últimas semanas. Quizá sea sólo una impresión mía, una idea que se me ha metido a la cabeza.

—Dímela sin dar tantas vueltas. Si en algo te puedo ayudar...

—Bueno, Pablo... he notado que ya no me quieres como antes. ¿Me equivoco, o es cierto?

—¿Que ya no te quiero como antes? No te entiendo, Sofía. No entiendo ni a qué te refieres ni qué te hace pensar eso.

—Tranquilízate, Pablo. Me refiero a algunas actitudes que...

No dejé que concluyera su frase. No dejé que el aire continuara su decurso habitual por aquella garganta. No dejé ningún rescoldo de mi presencia en aquel departamento.

Las mujeres son demasiado desconfiadas.

LA ESPOSA

Ella le dijo, querido, no te demores demasiado, te voy a estar esperando. Él sonrió y le contestó, no te preocupes, querida, voy y vuelvo, regresaré a las diez de la noche.

Pero él no regresó, había decidido cambiar su rutina de los sábados. Se quedó en casa festejando con su esposa el décimo aniversario de su matrimonio, y por la noche hizo el amor con ella hasta que el cansancio y el sueño lo vencieron.

LLUVIA EN LOS INVIERNOS DE MICHIGAN

Leroy llegó a su casa a las seis de la mañana del sábado, se sacó los zapatos e ingresó de puntillas procurando eludir el ruido. En su habitación, su esposa dormía profundamente; al lado de ella, abrazándola, distinguió un bulto informe. Esperó con la respiración contenida y, una vez que la claridad del día comenzó a ayudarlo desde las ventanas, descubrió que aquel bulto que abrazaba a su mujer era un hombre. Plagado de incertezas, se echó en la cama al lado de ellos, tratando de evitar movimientos bruscos que pudiesen despertarlos. Durmió incómodo, agazapado entre las sábanas, inmóvil.

Despertó a la una de la tarde. El hombre ya no estaba y ella permanecía en el sueño. ¿Qué haría? Pensó en que, apenas despierta, le reprocharía su conducta, pero luego advirtió que él tampoco había cumplido, que le había jurado llegar a las doce y lo había hecho seis horas más tarde, y que si él comenzaba con los reproches ella también haría lo mismo, lo cual los enzarzaría en una febril, paroxística discusión que le alteraría la tranquilidad habitual del resto del sábado y, quizás, también del domingo.

Decidió no decirle nada. Decidió darse una ducha con el agua tan fría como la lluvia en los inviernos de Michigan.

REMEMORACIONES

Ayer te vi, Valeria. Diecisiete años después del amor y del deseo.

Qué cruel es el tiempo.

CUENTO DE HADAS

Porque siempre creí en los cuentos de hadas, decidí mantenerme virgen a la espera de mi príncipe. Una noche me desperté con un beso: era él; se deslizó en mi lecho e hicimos el amor. Pensé: "se quedará conmigo. Le he entregado mi cuerpo".

A la mañana siguiente, él ya no estaba.

EL INFIERNO TAN TEMIDO

a J. C. Onetti

Cuando le llegó la fotografía, en un sobre con un par de estampillas verdes y sellado en Bahía, cuando vio los cuerpos desnudos y los rostros sudorosos y obscenos, supo que era el comienzo, que habrían más fotografías de ella y de hombres extraños en el devenir de los días. Supo, también, que ella todavía lo amaba y que esa foto era la prueba más palpable de su amor; no podía estar equivocado: ella le había enseñado a leer a Onetti.

Ella lo había traicionado sin dejar de amarlo y se lo dijo. El no la perdonó y la apartó para siempre con un insulto desvaído, una sonrisa inteligente, un comentario que la mezclaba con todas las demás mujeres. Ella se fue de Cochabamba y dos meses después envió la primera fotografía. Las siguientes, cada vez más obscenas, fueron llegando desde Asunción, Buenos Aires y Santa María, a direcciones diferentes: a su pensión, a un compañero de trabajo, a la madre de su primera esposa. Después su única hija recibió una foto; pero él no haría como Risso, no se suicidaría: esperaba las fotos con alegría más que con temor, cada foto era la certificación de un rito, un elogio al complejo absurdo del amor creado por los hombres.

Sin embargo, las fotos dejaron de llegar. Y él esperó dos años y comprobó que era suficiente; sabía que la segunda desgracia, la venganza, era esencialmente menos grave que la primera, la traición, pero también mucho menos soportable; ahora había aprendido que la espera era más intolerable que la venganza, que la traición, que cualquiera de las acciones humanas que poblaban el universo.

Era suficiente. Y se tragó todos los sellos de somníferos de todas las farmacias que conocía.

DESENCUENTRO

La madrugada del 26 de abril de 1968, en un destaralado pero eficaz ford rojo, Wendell salió de Cochabamba con destino a La Paz, a unos 500 kilómetros de distancia. Iba a casarse.

Al mediodía, bajo una tolerable llovizna, vio el cartel que indicaba el kilómetro 476. "Veinte minutos más —pensó—. Tengo hambre". En el siguiente cartel, en resplandeciente amarillo, vio el número 477. Luego vio el 346. Una equivocación, pensó. Luego, sucesivamente, vio los números 1048, 27, 5, 216, 728, 183, 8751. Se detuvo. "Una estúpida broma —pensó—. Una estúpida broma". Poblado por el nerviosismo, reanudó el camino. Dos horas después, al lado de un cartel con el número 91, volvió a detenerse. Durante la tarde esperaba inútilmente en esa desolada, fría región, algún auto, alguna persona, algo. Al anochecer prosiguió la marcha.

El 30 de abril fue denunciada en una de las comisarías de La Paz la desaparición de Wendell. La búsqueda se inició. Veinte años después, sin haber encontrado pista alguna, la policía declaró cerrado el caso. El 1 de mayo de 1988, Lena Tejada, fiel aún pero ya hastiada, colocó un aviso en "Presencia" ofreciendo en venta, sin estrenar, con un leve olor a naftalina, un recatado vestido de novia con el ajuar completo. Pensó: "Todos los hombres son iguales".

ESPERANDO A VERONICA

Carlos está sentado en una silla de mimbre en la puerta de su casa, al borde del camino de tierra. Es madrugada, los ojos recorren el horizonte, esperan.

Al mediodía, Alex, su hermano, se aproxima a él.

—No vendrá —dice—. Conozco a las mujeres.

—A ella no la conoces —dice Carlos sin voltear la mirada—. Sé que vendrá. Me dijo que lo haría.

—¿Hasta cuando piensas esperarla?

—No tengo apuro. Si tiene que ser toda la vida, será toda la vida.

—Entonces morirás ahí, sentado como un imbécil— dice Alex, entrando a la casa.

A las dos de la tarde, el cielo comienza a adquirir una tonalidad de plomo. A las cuatro, una silente llovizna cae sobre Cochabamba. A las seis, la llovizna se ha convertido en tormenta. A las seis y cuarto, Carlos entra a la casa arrastrando la silla de mimbre: la ropa le pesa, siente el agua arrastrarse por todas partes de su cuerpo. “Al menos lo intenté”, piensa mientras se desnuda.

CAROLINA, EL Y NOSOTROS

Cuando nos preguntó, todos, sin ponernos de acuerdo, le respondimos que sí, que Carolina era muy hermosa, quizá la mujer más hermosa de la ciudad. No podíamos decirle la verdad: él estaba enamorado y ninguno de nosotros quería ser el autor de la desilusión. Un año después se casó con ella y vinieron los hijos y los rumores, y un día él nos hizo otra pregunta y nuevamente todos contestamos de la misma manera, que era imposible, que ella jamás le había sido infiel. Tampoco podíamos decirle la verdad: nosotros éramos todo para él y debíamos evitarle el enterarse de que nos habíamos aprovechado de su estúpida, fea, lujuriosa mujer.

Cuarenta y tres años después, ella murió. En el velorio, mientras él lagrimeaba sin consuelo, nos acercamos a él y nuevamente coincidimos, le dijimos que sentíamos su pérdida, que ella era una persona que valía mucho, que era, utilizando un lugar común, una santa. Y él, sin dejar de llorar, nos respondió a todos más o menos lo mismo, que cuándo se nos acabarían las mentiras, que lo había sabido todo desde el primer instante, que lo había permitido todo porque éramos sus amigos, además no era nuestra culpa, ella hacía tan bien el amor.

ELLA

Estoy echado en el sofá de mi departamento, con un vaso de whisky en la mano, escuchando a Beethoven y mirando en la ventana las luces de la noche, cuando ella se me acerca. primero una parte más de la penumbra y luego un cuerpo y un rostro jamás conocidos. Comienza a besarme, a acariciarme con violencia. Quiero preguntarle su nombre pero no lo hago, temo la irrupción de lo prosaico. Ella se desnuda y me desnuda y hacemos el amor con urgencia, como si alguien nos hubiera concedido un plazo y éste fuera breve. Finalizamos exhaustos.

Ella se viste y nuevamente me ronda la tentación de preguntarle su nombre. Pero me digo que es mejor el misterio, la ausencia de coordenadas que ayuden a fijar el recuerdo. Ella se va sin despedirse. Yo enciendo un cigarrillo.

KATHIA

Ella me dijo: "no te puedes perder, es la casa blanca en el condominio La Esperanza; tiene dos pisos, ventanas amplias y la verja es de color café". Es cierto, me fue fácil llegar aquí; pero las cuarenta y tres casas del condominio son blancas, de dos pisos y ventanas amplias y verjas de color café. Cuando recuerdo su belleza y el hecho de que estoy enamorado, pienso que podría ir casa por casa preguntando por ella hasta encontrarla. Pero temo descubrir que existen cuarenta y tres Kathias y prefiero mantenerla, única, en mi recuerdo. Además, es muy probable que ella no sienta nada por mí: me hubiera advertido de las peculiaridades del condominio. Así que enciendo el motor y emprendo el regreso a casa, silbando sin armonía una canción de Los Beatles.

AVENTURA DE UNA NOCHE

Nunca fui partidaria de las aventuras de una noche, pero a él no pude decirle no y lo único que quedó a la mañana siguiente fue una humillante nota de gracias, un número de teléfono y un nombre. Desde entonces lo he llamado al menos una vez por semana y siempre, sin variaciones, su voz me ha respondido desde el contestador automático diciéndome que no está en casa, que deje mi nombre y mi número, que él llamará después. Nunca dejé ni nombre ni número ni mensaje por una mezcla de orgullo y de confianza en encontrarlo a la siguiente llamada. Ahora, ya casada y con un hijo de catorce años, a veces pienso en lo increíble y lo absurdo que es no haberlo encontrado jamás. Quizá ya no viva ahí, me digo, y se haya olvidado de desconectar el contestador; pero me es más absurda la idea de alguien pagando durante quince años para que un teléfono siga funcionando en un apartamento vacío. O quizá no haya desconectado el contestador, lo haya dejado funcionar en el apartamento vacío sólo para mí, para torturarme con sutileza porque esa noche no fue la noche que esperaba, por tantas razones. Pero no. Alguien tiene que vivir allí. El tiene que seguir viviendo allí.

Esté o no en lo cierto, sé que lo seguiré llamando hasta que algún día él me conteste o algo interrumpa para siempre el cada vez más gastado discurrir de mi alienato.

DOLORES

a Vladimir Nabokov

El jueves es el único día de la semana en el que mi papá me permite ver televisión hasta tarde, porque sabe que las historias de terror me fascinan y las presentadas por Hitchcock son mis favoritas. Sentados en el sofá, él en pijamas y yo en camisón, suspendemos por una hora el diálogo y nos dedicamos a cosas diferentes, yo a regocijarme con los vericuetos del terror en la pantalla, él a asustarse con los regocijos del terror en la pantalla.

Cuando termina el programa hacemos los comentarios de rigor y después el simulacro de despedida; simulacro, porque todas las noches del jueves, sin que haya pasado más de diez minutos en mi cama, él aparece y, tímidamente, me pregunta si puede dormir conmigo y yo, por supuesto, acepto. Cuando lo abrazo puedo sentir el temblor de su cuerpo, el miedo que se niega a abandonarlo y que le impide dormir solo en su habitación después de una historia de Hitchcock. El oprime con fuerza su cuerpo contra el mío y no tardamos en dormirnos. Es tan hermoso, en la mañana, despertarme antes que él y sentir su calidez y nuestras piernas entrelazadas y escuchar su respiración ronca, arrítmica, y verlo sumido en el sueño con tanta maestría.

Tengo catorce años y ya he oído de padres perversos, de hijas pervertidas. Pero en mí no existen dudas: lo mío y lo de él es algo al margen, una cápsula de sublime pureza en un mundo corrupto, un magnífico momento deshabitado de malicia. Y entonces lo acaricio hasta saberlo despierto pese a sus ojos cerrados, y cierro los ojos y siento una mano que se arrastra y encuentra, unos labios que se arrastran y encuentran, y mantengo los ojos cerrados y siento un cuerpo que busca y encuentra, busca y encuentra, busca y encuentra.

AMOR IMPOSIBLE

Es el estreno de "Amor imposible", del renombrado dramaturgo nacional Luis DeUrquiza: El teatro Achá se halla colmado de espectadores, que han acompañado el cierre de los dos primeros actos con estruendosas ovaciones. Ahora, en el tercer acto, se aprestan a presenciar el climax de la obra: Marcos debe besar a Claudia para sellar con ello el imposible amor de dos adolescentes que pertenecen a familias enemigas desde hace cuatro siglos, los Montanar y los Barletto.

En el escenario, Roberto Vásquez, el actor que encarna a Marcos, piensa mientras se acerca a ella, que lo espera en un supuesto claro de un supuesto bosque: "No podré disimular. Apenas nuestros labios se encuentren ella sabrá que este beso no es actuación, que la amo hasta el extravío. Qué curiosa inversión: yo aquí en el escenario diciendo y haciendo cosas que realmente siento, y mirándome un público que en realidad no está interesado en la obra, que está actuando, que se queda en silencio mientras actuamos y aplaude cuando caen las cortinas porque cree que ése es el papel asignado a un público de teatro".

Roberto la besa; ella se da cuenta al instante de la verdad de ese beso y forcejea por liberarse de esos labios que atrapan a los suyos como una araña lo haría con

un insecto en su telaraña; cuando lo logra, le da un sopapo y sale a pasos largos del escenario, profiriendo maldiciones. Roberto balbucea, el telón cae y los aplausos son una magnífica explosión en la noche. Roberto se abre paso entre las cortinas que forman el telón y se enfrenta al público, que acrecienta la explosión. Con un gesto los hace callar. Y luego comienza a aplaudirlos, primero lentamente, luego con furor. Los aplaude hasta que siente un insoportable dolor en las palmas de las manos. Luego se da la vuelta y se pierde entre las cortinas.

UNA CIERTA NOSTALGIA

La última vez que conversé con mi esposa fue en el último día de nuestra luna de miel, que se limitó a un fin de semana en una sucia habitación de un hotel desasturado, de una estrella, de esos que abundan en esta ciudad. Al día siguiente entré a trabajar de cajero a un supermercado; renuncié a mi anterior trabajo porque el salario que ganaba era insuficiente para dos.

El supermercado se halla a tres horas de viaje. Me levanto a las cinco de la mañana, cuando ella está durmiendo, y cuando regreso, a las once de la noche, ella ya se ha acostado (ser ama de casa es, no creo equivocarme, una ardua labor); mi semana de trabajo también incluye sábados y domingos; las vacaciones no las tomo porque necesito hacer días extra si quiero mantener a mi familia; y mi ética privada me impide fingir enfermedades, fallecimientos de parientes, accidentes oportunos.

Hace siete años que no converso con mi esposa. Lo único que me queda es, en ciertas noches nostálgicas, contemplarla extraviada en su sueño, oír su respiración monocorde, deslizar una caricia audaz que no la despertará. Con mi hija es diferente: acaso mi ausencia de nostalgia se deba a que nunca llegué a hablar con ella, a conocerla. Pronto cumplirá siete años. Me gustaría estar

con ella ese día, regalarle mi presencia, pero un día sin trabajo y sin paga es un lujo exuberante, vedado para mí.

Quizá cuando cumpla quince años las cosas cambien.

VIERNES A LA MAÑANA

Como todos los viernes, Raúl, después de despedirse de su esposa, María, se dirige a su estudio jurídico, situado en el tercer piso de uno de esos edificios modernos que han iniciado su proliferación en el centro de la ciudad. Allá, a las once de la mañana, María lo llama y le dice que quiere verlo, que su esposo no está, que ha ido a trabajar a su estudio jurídico y está dispuesta, una vez más, a serle infiel. Y Raúl, que le tiene pavor a la infidelidad pero que no puede decirle no a ella, cierra su oficina y se promete volver en media hora. Como siempre, la media hora se convierte en dos horas, dos horas y media.

Por la noche, cuando regresa exhausto a su casa, María, después de un beso candente, inicia la escena habitual de arrepentimiento y le cuenta que hoy por la mañana, una vez más, le ha sido infiel, pero ésta, se halla segura, ha sido la última vez. Y él la perdona admirándole su sinceridad, sabiéndose cobarde, incapaz de hacer lo mismo, de contarle que él también le ha sido infiel hoy por la mañana.

CUATRO AÑOS

Apenas nos casamos comenzaron las quejas: que yo no me fijaba en ella, que no le hablaba ni la miraba, que su universo no me interesaba, que ella me era prescindible. Yo la dejé quejarse sin responderle: ésa era la mejor estrategia. Las mujeres siempre andan inventando cosas o exagerándolas, es de necios tomarlas en serio. Un día dejé de oír sus quejas y me regocijé, en silencio, con mi victoria. Eso sucedió hace cuatro años.

Sólo ayer me dí cuenta que ella tenía razón, al encontrar bajo su almohada una nota escrita con su letra de vocales temblorosas; en la que me comunicaba que me abandonaba por razones ya conocidas. La nota estaba fechada cuatro años atrás.

LO BELLO Y LO ATROZ

a Peter Handke

A las cinco y cuarto de la mañana ella se levantó y comenzó a hacer sus maletas. Desde la cama la vi moverse de un lado a otro con nerviosismo y le pregunté qué era lo que estaba haciendo. "Me voy", me respondió, y yo sentí que el mundo se escabullía de mí: nos hallábamos en la cúspide de nuestra relación, nos amábamos con desenfreno y habíamos logrado establecer, en siete años sin peleas, ni siquiera discusiones o conversaciones en voz alta, una sólida amistad, una comprensión que rayaba en lo ideal, un respeto exagerado hacia el otro, un mutuo conocimiento de los abismos más profundos de nuestros seres. Le pregunté el porqué. Me dijo que se iba porque se iba, que no tenía razones, que no quería eludir la respuesta sino que, simplemente, no tenía una. Me pidió que no tratara de comprenderla porque ni siquiera ella se comprendía. Le pregunté, a la manera de alguno de esos personajes que deambulan en las historias de Corin Tellado, si había otro en su vida. Mi pregunta la ofendió: jamás habría otro en su vida, me dijo entre lágrimas, jamás. Le pregunté en qué me había equivocado, si había sucedido algo que la había motivado a tomar esta decisión, si me escondía algo. Me respondió

que yo no me había equivocado en nada, que nada raro había sucedido, que no me escondía nada. Le pregunté si me amaba como antes, y en su mirada fija y violenta descubrí la respuesta antes que en sus palabras: me amaba con una desafortunada intensidad, me amaba más que antes, su amor era superior a todo lo que hasta ese instante yo entendía por amor. No te vayas, le dije, por favor. No te vayas. Por favor. No me respondió. Nos abrazamos, le sequé las lágrimas, ella secó las mías, y luego la ayudé a terminar de hacer sus maletas.

Son las once de la mañana, hace cinco horas que Kristen se ha ido. No he ido al trabajo y no sé si lo haré por un buen tiempo. Echado en la cama, lo único que hago es mirar su rostro en una foto tomada hace diez días. Mi mano derecha, nerviosa, se crispa sobre el cubrecama. Hace frío.

No he tratado de comprenderla pero, por cierto, no he dejado de hacer suposiciones. Acaso su destino no era amarme y vivir el resto de su vida a mi lado, compartir conmigo lo bello y lo atroz de la vida, crear conmigo un mundo simple y feliz, tan igual al de tantas parejas, tan diferente al de todas las demás parejas. Acaso su destino era más poético: darme tema para que yo pueda escribir una extraña, trágica historia de amor, para que yo pueda dotar al universo de una historia más, para que mi voz haga un intento más por capturar el secreto deslumbrador que flota a la deriva entre las coordenadas del tiempo y el espacio, o, al menos, un destello de ese secreto.

Oh, sí, Kristen: acaso tu destino era ése.

LA PROMESA

Oh, si, siempre supe cuál era su objetivo final: conocerme por completo, develar uno por uno los misterios de mi ser, adueñarse así de mí. Por eso se convenció de haberse enamorado de mí apenas me conoció. Por eso se casó conmigo, para no separarse de mí y tener más fácil acceso a mis recovecos interiores. Por eso hace lo que hace ahora, las tácticas diversas, las estrategias sutiles.

Pero han pasado treinta y dos años y no ha logrado su objetivo. Porque siempre, cuando está a punto de atrapar el ser que cree mío, lo sorprendo con un nuevo ser, una fachada embriagadora, una máscara inesperada que esconde y hace olvidar a la anterior. Nunca lograré su meta: nunca agotaré los seres que tengo a mi disposición.

¿Hasta cuándo se prolongará este juego? Yo me he prometido abandonarlo apenas su ser se descarrile de la rutina y me sorprenda. Esta promesa me permite afirmar que sólo la muerte podrá separar nuestra unión ausente de amor.

PILAR

Antes de dormir leo una vez más la nota que me dejaste en el bolsillo del pantalón mientras nos despedíamos en la puerta de tu casa. "Conozco mis limitaciones... y sé que no puedo vivir sin tí. Te amo. Pilar". Sí, Pilar, lo sé muy bien: me amas tanto como yo a tí, y sabes que no puedes vivir sin mí así como yo tampoco puedo vivir sin tí. Esta es una historia de amor feliz y perfecta, de esas que la literatura rechazaría por increíble, excesivamente ideal, ausente de ella el dolor que es la marca del verdadero amor.

Por eso, porque es tan feliz y perfecta, no puedo aceptar que el tiempo, a veces con sutilezas, a veces con golpes bajos, la corrompa y la deshaga. Porque el tiempo lo corrompe y lo deshace todo, Pilar. Poco a poco la pasión irá extinguiéndose, nuestras fotos se tornarán amarillentas, nuestras notas se irán ajando en billeteras y cajones, nuestras palabras irán gastando su sentido. Más vale un final a tiempo que asistir al espectáculo de la degradación de nuestro amor.

Mañana te dejaré, Pilar.

DESPUES DE LA RUPTURA

Esta es una ciudad muy chica pero después de la ruptura ella y yo nos la hemos ingeniado para vivir sin encontrarnos, porque con las palabras podemos mentir pero no con el encontrarse de nuestras miradas, que siempre ha disipado las dudas; ahora, ninguno quería que se disiparan las dudas, tan orgullosos los dos, tan dispuestos en tornar absurdo el simple y puro juego del amor.

Al comienzo nos encontrábamos con frecuencia, producto de pertenecer a un mismo círculo y frecuentar los mismos lugares. También los amigos comunes, que ansiaban la reconciliación acaso más que nosotros, nos tendieron trampas una y otra vez. Pero era inútil: ella no reconocería la equivocación y pediría perdón, yo no la perdonaría. De todos modos era mejor evitar los encuentros: siempre había en ellos la posibilidad de quiebre de alguno de los dos orgullos, y ni ella quería ser la primera ni yo tampoco.

Poco a poco, durante estos seis años, nos hemos ido repartiendo la ciudad y el tiempo y ahora el encuentro es imposible. Sé que el martes a las once y media de la mañana ella está comiendo salteñas en "El Canguro" mientras yo me encuentro con mis amigos en El

Prado. Sé que los miércoles a las seis de la tarde yo estaré en la puerta de la heladería "Gelato" mirando pasar a los autos, pero a las seis y doce deberé voltearme porque ella pasará de regreso de su trabajo.

Un jueves el "Bungalow" es para ella, el siguiente jueves es mío. Ella va a bailar los viernes a "Reflejos". yo voy los sábados. Los domingos por la tarde ella va a comprar empanadas a "Las Carmelitas", yo debo contentarme con un poco de televisión y con esperar el regreso de mi hermano con las empanadas, porque ese vicio lo contraí en el tiempo en que estábamos juntos y un domingo sin ellas no es domingo. Así, cada minuto de nuestras vidas está planificado con el fin de evitar el encuentro. Lo hacemos muy bien. Somos dignos de admiración.

Cada vez la amo más.

RODRIGO Y LOS DEMAS

Porque nos amábamos demasiado decidimos separarnos. Era la solución mejor, el desafío necesario para confirmarnos en nuestra pasión sinfín, el conocimiento de una de las bifurcaciones imprescindibles en todo gran amor. Yo comencé con Rodrigo, él comenzó con Verónica. Luego vinieron Pedro, Pablo, Arturo, Luis y de los demás ya no recuerdo los nombres; por él supe de Patricia, Fabiola, Roxana y otros nombres que ya no es menester recordar.

Desde el primer beso de Rodrigo confirmé que lo amaría para siempre. El me contó que le había sucedido lo mismo con Verónica. Pero esta libertad es demasiado conveniente como para ser abandonada, de modo que ya han transcurrido tres años y seguimos separados. Nos vemos de cuando en cuando, por cuestiones de azar; a veces él me llama, a veces yo lo llamo: yo le cuento de mis aventuras, él hace lo mismo. Nos aconsejamos, nos comprendemos, nos damos cada vez más cuenta de que no somos nada el uno sin el otro. El dice que quisiera conocer a Ricardo, con quien salgo ahora; yo le digo que Marissé es la chica más linda que ha tenido jamás.

Qué calidad, qué estilo para destrozarnos.

LAS MENTIRAS

La primera vez que te mentí fue cuando te dije que te amaba. Me miraste a los ojos y me creíste. Qué ingenua que eras. Después vinieron otras mentiras, todas derivadas de esa mi tendencia a decir las cosas que todo el mundo dice, a prometer las cosas que todo el mundo promete, a ser uno más atrapado por el conjuro de las magníficas frases de efecto, esas que de tanto ser usadas ya extraviaron su sentido. O acaso jamás lo tuvieron. Nunca te dejaré de amar. Siempre podrás contar conmigo. Contigo hasta después de la muerte. Esa retórica barata, esas estupideces.

También te mentí el día en que te dije que me quería casar contigo. Tú sabes, uno no ha terminado de pensar y ya la frase está dicha. En fin. Luego vino el matrimonio, luego sí, quisiera tener un hijo tuyo, otra mentira. También hubo esa convencional promesa de fidelidad, claro que sí, jamás se me ocurriría. Por supuesto, puedes confiar ciegamente en mí. Por supuesto, siempre te voy a respetar. Vaya con las palabras, siempre tan fáciles de ser pronunciadas, siempre tan útiles en esa tarea cotidiana de enmascarar la verdad.

Luego comenzaron los rumores. No, no tengo amante, cómo te atreves a desconfiar de mí. No, no tengo un

hijo con otra mujer; si lo único que imagino y deseo y amo eres tú, si en lo único que pienso es en tí, you were the first to be the last. Me miraste a los ojos y me creíste. Qué ingenua que eras.

Una mañana apareciste envenenada. La policía, con la ayuda del forense, dictaminó suicidio. ¿Me creerías si te dijera que yo no fui? Oh, sí, me creerías. Las cosas que uno cree en nombre del amor, la absurda ceguera, la imbecilidad. Debes reconocer, al menos, que la culpa fue tan tuya como mía.

Es cierto, también te dije que si algo te pasaba yo no podría sobrevivir solo, la vida también terminaría para mí, en menos de dos semanas te seguiría. Pero, ¿es que fuiste realmente capaz de creer esa extravagancia, esa frase de adolescente en la gloria del primer amor? Oh, sí, me miraste a los ojos y me creíste. Fuiste capaz. Ya han pasado ocho años y aquí estoy todavía, escribiendo esta historia. Estoy solo en mi habitación y te extraño demasiado. No sabes la falta que me haces. No sé qué hacer sin tí. Bah: nunca aprenderías.

En fin: debo reconocer que te he mentado mucho.

TERCERA PARTE

DUFRESNE

Cuando llegó el aviso oficial del gobierno, la carta que le daba un plazo de veinticuatro horas para abandonar el país, pensó, exaltado: "Es por mis poesías. No puede ser otra cosa que mis poesías. No puede haber otra razón".

Así se marchó esa noche, feliz e ignorante. Así murió en el destierro, feliz e ignorante.

ERDRICH

Con la convicción de haber leído (y entendido) los libros más importantes de la literatura universal, con la convicción de ser capaz de recordar cada frase leída, en prosa o verso, sustancial o no, cada metáfora, cada idea fundamental, cada personaje de cada cuento o novela u obra teatral, cada argumento desde la palabra inicial hasta el esperado o inesperado final, Erdrich concibió la idea de ejecutar un libro que fuera su resumen, que rescatara lo original de cada libro existente en el universo y haga prescindible su lectura. Era temerario: sabía de los fracasos de otros que antes de él habían intentado lo mismo.

Tres años le fueron suficientes para finalizar la obra; había elegido el género cuento, en el que creía no hallar los ripios de la novela, la suficiencia del ensayo, la pocas veces transigente oscuridad de la poesía, la necesidad de representación de la obra teatral; en él, existían seis personajes, un crimen y un porqué, tres metáforas y una solución capaz de diversas interpretaciones.

El cuento constaba de catorce líneas.

AVANT-GARDE

En tiempos de literatura experimental, acaso ningún escritor haya llegado tan lejos como Wilson Fernández, que decidió crear una novela libre de la más mínima influencia de cualquier otro escritor. Escribió la primera versión sin escrúpulo alguno; luego, en busca de la pureza, la sometió a una desaforada corrección que no omitió ninguna palabra ni signo ortográfico; entre otras cosas, suprimió: las palabras exento y decurso e inexorable, producto de sus lecturas de Borges; el título, "Si una noche de verano un viajero", en el que creyó reconocer la influencia de Calvino; la metáfora que iguala al cielo con un mar de tinta, que le pertenecía a Vargas Llosa o a algún otro escritor que había influido a Vargas Llosa; cuatro personajes: uno que se convertía en un monstruoso escarabajo, uno nacido en Itaca, uno que conocía el infierno mejor que nadie, uno que había matado a su padre y hecho el amor con su madre; diálogos elípticos, que le recordaban a Hemingway; suprimió una ciudad entera llamada Yoknapatawpha.

Desolado, comprobó que el manuscrito de 756 páginas se había reducido a dos frases y cuatro palabras sueltas. Abandonó la idea de la novela, eliminó las cuatro palabras y pensó que aquellas dos frases podrían ser el alentador inicio de un libro de aforismos.

EL HOMBRE DE LAS FICCIONES

Se levanta a las seis de la mañana y, después de una ducha fugaz y un desayuno, lee dos o tres novelas y escribe las respectivas críticas para su columna del día siguiente. Almuerza; luego, se dedica unas tres horas a escribir su nueva novela y bocetos de futuros cuentos, ve una película en video y progamas de televisión y lee un poco y luego cena y va al cine y regresa a las doce y ve la película de trasnoche que invariablemente ofrece alguno de los canales. Luego, duerme.

Pero no puede soñar.

SIMILITUD

Puede suceder que Carlos Ugarte escriba una novela que sea considerada como una de las obras maestras de la literatura de todos los tiempos. Puede suceder que, sin que él lo sepa, esa novela ya haya sido escrita unos cien años atrás y que exista en algún lugar del universo, sin diferir ninguna palabra con la escrita por él, ningún signo ortográfico, nada.

Puede suceder que nadie descubra esta novela, escrita por Fernando Reyles. Puede suceder que alguien la descubra, pero no la lea. Puede suceder que alguien la descubra, y la lea, pero debido al desconocimiento de la obra de Ugarte no se informe de la similitud. Puede suceder que el que la lea sepa de la obra de Ugarte, y se la envíe por correo, en forma anónima, convencido de haber descubierto un plagio e incapaz de hacerlo público.

Puede suceder que Ugarte reciba la novela y, atraído porque el título coincide con el de la suya, comience a leerla y la termine, sin interrupciones, en dos horas, repitiéndose febrilmente que todo no es más que una broma vulgar, el resultado del ocio de un desatinado. Puede suceder que la encuadernación rústica, las hojas de un desvaído amarillo y quebrantables con facilidad, el olor a moho y el polvillo que se desprende del libro lo con-

venzan de que no, no es una broma, y acepté, al borde del desquicio, que ha escrito una novela ya escrita, que su novela es prescindible, que él es prescindible.

Todo puede suceder.

UNA DIVERSA VERSION

El gobierno de Bolivia, como parte de su prometida reforma educativa, llamó a concurso para la provisión de un nuevo texto oficial de historia para uso de colegios, universidades, la Cancillería, público en general. Se presentaron veintitrés obras de las cuales el comité seleccionador, compuesto por el ministro de Educación y destacados intelectuales e historiadores, eligió la realizada por Arturo Mercer, destacando sus "atrevidos, originales postulados y su innovador estilo, en el que se pueden rastrear huellas de Borges y García Márquez". Al ser interrogado acerca del porqué de su voto, el ministro de Educación afirmó que no sabía si la historia de Mercer era la más fiel a la historia de Bolivia, pero que, en todo caso, era, lejos, la más interesante.

Sin duda, entre los originales postulados se puede citar el hecho de que Bolivia no perdió el mar a consecuencia de la victoria de Chile en la guerra del Pacífico; al contrario, Bolivia ganó la guerra y luego, por conmiseración hacia la pequeñez geográfica y la escasez de recursos en la que se debatían los chilenos, decidió regalarles el mar y con él el salitre, las minas de cobre, un territorio fértil. La guerra del Chaco, en la que Bolivia fue derrotada por Paraguay, fue una "sutil estratagema para deshacernos de un territorio inservible, carente de rique-

zas materiales, inútil hasta para los pintores”.

Ambas ideas han suscitado controversia y aplausos. Los que no creen en ellas no han podido, todavía, demostrar su falsedad. Por su parte Mercer, un anciano risueño instalado con orgullo en la grupa de la polémica, dice que los que dudan de la veracidad de su historia pueden consultar las fuentes de las que derivan sus principales postulados: “Una nueva historia para Bolivia”, tesis (1939); “El derrumbe de los mitos”, ensayos (1956); “Destrucciones”, fragmentos de filosofía de la historia (1969). Los tres libros han sido escritos por él.

AVENTURAS CRITICAS

Arturo Quiroga, licenciado en Letras y dedicado a la crítica literaria después de un fracaso exhaustivo en su intento por escribir una novela, recibe del diario en el que trabaja, en sobre cerrado, la última novela de Milan Kundera, la lee y escribe una crítica elogiosa mencionando la belleza del título ("Traficantes de lascivia"), la calidad de su erotismo, el imperdible alegato en pro de un mundo mejor. La crítica es publicada al día siguiente. Dos días después, lee un artículo de Eduardo Gómez, licenciado en ingeniería civil y dedicado a la crítica literaria después del derrumbe de una represa construida por él; el artículo lo destroza sin piedad, lo acusa de no haber reparado en la grosera equivocación de la editorial "Jonás y la ballena", de haber leído y criticado una novela de Harold Robbins como si fuera de Kundera. Angustiado, relee la novela y comprueba que, en efecto, pertenece a Robbins. ¿Cómo eludir ahora la hoguera literaria, el merecido fin? Por la noche, vislumbra el artículo salvador: por supuesto, desde la primera frase se había dado cuenta de que Robbins era el autor, lo suyo había sido una trampa tendida hacia los demás críticos, fundada en la convicción de que, en realidad, pocos de ellos leen los libros que tan despectivamente critican: leerían la crítica sin captar la sutil ironía dedicada a ellos, y en los siguien-

tes días publicarían sus respectivas críticas, que no serían otra cosa que el original de Quiroga retocado de disímiles maneras; sólo Gómez había evitado la trampa, sólo él merecía su reconocimiento. Luego, Quiroga pasaría a hacer picadillo a Robbins, mencionando la trivialidad del título, la vulgar pornografía que trataba, sin lograrlo, de disfrazarse de erotismo de altura, el alegato en pro de un mundo mejor plagado de lugares comunes, frases gastadas, carentes de vida. Extasiado, Quiroga escribe el artículo, y logra terminarlo a tiempo para que ingrese a la edición del día siguiente.

Dos días después, José Vallejos, dedicado a la crítica literaria porque el no haber terminado el colegio le impide hacer otra cosa, destroza a Gómez y a Quiroga: él ha escrito la novela, tratando de parodiar al mismo tiempo los estilos de Robbins y Kundera. Un amigo suyo en la imprenta de "Jonás y la ballena" le ha hecho el favor de publicar sus originales con una portada que atribuía la obra a Kundera. Ello comprueba su teoría de la estrechez de perspicacia de los demás críticos.

Tres días después...

EN LA BIBLIOTECA

Desde hace cuatro años que soy director de la Biblioteca municipal de Cochabamba, la única existente en la ciudad. En estos cuatro años sólo se han prestado cuatro libros, y no es que la gente no venga: al contrario, si bien la lectura ha sido siempre un pasatiempo de pocos, los cochabambinos son dados a ella en exceso. Pero sucede que cuando se acercan a la mesa principal y me encaran con el libro en la mano después de haberlo buscado algunos minutos entre los estantes ordenados con rigor, no puedo evitar pensar que apenas traspase la puerta el libro estará alejado de mi custodia, a merced de peligros sinfín, un café derramado, un niño con las manos enfundadas en mermelada, una lectura literal, un incendio, y entonces elaboro excusas, el alcalde ha reservado ese libro, estamos en inventario, la regla de la biblioteca es no prestar libros los primeros martes de cada mes, y ellos las aceptan y se van sonrientes prometiendo un pronto retorno, y esa ausencia de enfado o preguntas y esas sonrisas me desarman y me crean sospechas: quizá los he librado de algo que no querían hacer, quizá quieren leer no por el placer de leer sino porque necesitan una prueba tangible de que no están vacíos, de que la cultura les importa, de que el interior les

interesa tanto como las cosas materiales que envenenan el aire de nuestro tiempo.

Sé que la mayoría de mis conciudadanos se halla contenta con mi labor, pero siempre existe la posibilidad de que los descontentos (porque tienen que haber, aunque no me lo demuestren) vayan creciendo en número y cualquier rato pasen a ser mayoría y entonces alguien sugiera mi renuncia. Y yo, que entre mis defectos no cuento ni la flaqueza ni la resignación, me atrincheraré en la biblioteca y continuaré en la custodia de mis libros, absorto en la lectura y a la vez vigilante, esperándolos, esperándolos.

EL VIENTO ME TRAE TU NOMBRE

“El viento me trae tu nombre”, recién publicada novela del prolífico autor nacional Fernando Matienzo, ha suscitado elogios casi unánimes de parte de los interesados en nuestra cultura, y más específicamente en nuestra literatura, que no son pocos. El suplemento “Correo” de Los Tiempos le ha dedicado una reseña consagratoria de tres páginas, escrita por su crítico literario estrella, el múltiple Fernando Matienzo. Los suplementos culturales de “Presencia”, “El Diario”, “Ultima Hora” y “Hoy” también se han excedido en aplausos a través de sus excelentes, comprensibles, minuciosas reseñas firmadas por el acucioso investigador, explorador, arqueólogo, paleontólogo de nuestra literatura, Fernando Matienzo. “El Mundo” de Santa Cruz ha demostrado que el regionalismo del que se acusa a los pobladores de ese departamento es una infundada patraña, al publicar en honor a la novela una separata de dieciseis páginas que la examina casi palabra por palabra, a la manera barthesiana. El autor de dicha examinación, Fernando Matienzo, ha demostrado una vez más su excesiva inteligencia, su desaforada sagacidad.

Pero no todo son elogios para “El viento me trae tu nombre”; la novela ha sido despedazada y sentenciada al

olvido, o, algo peor, a los territorios de la mediocridad, por el siempre rebelde, subversivo, original, ya mítico crítico literario de "Opinión", Fernando Matienzo.

JULIAN FORGET

A los 79 años, Julián Forget ha logrado todo lo que le había sido pronosticado desde el día en que, a los 18 años, publicó su primer cuento en el suplemento literario de "La gaceta del pueblo", pequeño diario de su ciudad natal, Cochabamba, Bolivia. Desde ese entonces los premios no han cesado de llegar (incluido el elusivo, desconcertante, nunca desdeñable y pocas veces acertado premio Nóbel), y tampoco los periodistas, que luchan con gallardía para arrancar de su obstinado silencio opiniones que versan sobre el deterioro de la capa de ozono, la errática política exterior norteamericana hacia Latinoamérica, las nuevas travesuras del Ayatollah Khomeini (de vez en cuando, casi fuera de lugar, se resbala alguna pregunta sobre literatura). Críticos, profesores de respetable currículum y diversos interesados publican gruesos volúmenes en los que, con una mezcla de arrogancia, ingenuidad y buena fe, tratan de explicar la clave para entender a Forget, la solución del enigma, el descorrimiento del velo que empaña la cristalina comprensión de sus obras. Ellas, por su parte, ocupan los primeros lugares de ventas tanto en Moscú como en Nueva York, París o Buenos Aires, y miembros de las nuevas generaciones de escritores las reconocen como obras primordiales, influyentes, y la prosa elegante, de adjetivos pulcros, de

innumerables y provocativas ideas, plagada de fascinantes historias, pugna por reproducirse, con sus respectivas limitaciones, en las páginas de cada uno de ellos. Roberto Jördí ha dicho con acierto: "La literatura de hoy no es más que una suma de desordenadas notas al pie de página de la obra de Julián Forget. Ya no hay nada más que decir porque Forget lo ha dicho todo. No creo que no haya un solo escritor, hoy, que no sea influido de una manera u otra por él".

Esa verdad, que debería enorgullecer a Forget, es la que causa el abrumador estado de angustia en que se halla, precisamente en el momento de su vida en que debería sentirse más realizado: Forget, que logró forjar un estilo muy personal gracias a una continua lucha contra cualquier tipo de influencias en su obra, no puede escribir sin sentir el opresivo peso de la influencia de Forget. No hay una palabra, una frase escrita por él que no lleve la marca de Forget, y ese monstruo literario que ha creado le impide crear con libertad. Ha intentado utilizar un nuevo vocabulario, renovar sus temas, pero de algún modo el espíritu forgetiano se las ingenia para aparecer en sus páginas y recordarle que se puede liberar de todas las influencias pero no de la suya. Sus mayores logros llegan a ser, a lo máximo, parodias de Forget, es decir, continúan atrapados por la red de relaciones elaboradas por ese gigante de la literatura del siglo XX, Julián Forget.

¿Puede un escritor de hoy liberarse de la influencia de Julián Forget? A esa pregunta decisiva está tratando de contestar, a los 79 años, desesperado, pletórico de dudas pero sin perder el sello del verdadero artista, el afán de búsqueda y desafío, Julián Forget.

UN AMIGO DE TODOS

Ya lo sé, todo ha sido mi culpa: nunca debía haberle dicho a Alex que sus cuentos eran interesantes, que su prosa no tenía nada que envidiarle a la del mejor Borges (que es, nadie lo duda, todo Borges). Pero Alex es tan excelente persona, uno de los pocos que en este pedazo de universo le ha devuelto a la palabra amistad su sentido original, que no es difícil, con él, caer en las trampas de la compasión y minimizar los innumerables defectos y acrecentar la dimensión, la importancia de las escasas virtudes. Algo me conforta: si bien he sido el primero, no he sido el único.

Porque sus cuentos, recopilados en un libro, han encontrado editor (un amigo suyo), han suscitado aplausos por parte de los críticos (los siete que practican esa labor en Cochabamba son, quién no lo sabe, amigos suyos), y la primera edición del libro, de tres mil ejemplares, ya se ha agotado (¿habrá alguien en esta ciudad que no sea amigo de él, que no sea seducido por sus educadas maneras, su sonrisa que atraviesa al mismo tiempo la inocencia y la maravilla y la travesura, su suave voz que no ordena, ni siquiera sugiere, pero a la que es imposible contradecir?). Existen rumores de una segunda edición de diez mil ejemplares, y pronto se publicará su primera novela, "La obscena noche del pájaro", con la cual dice

haber superado "las cumbres de exigencia impuestas por la obra máxima de José Donoso".

Ya lo sé, todo ha sido mi culpa. Debí haberle dicho que no he leído peores cuentos que los suyos, y que su novela es menos interesante y más aburrida que una telenovela argentina. Ahora ya es tarde, por lo menos en cuanto a mí se refiere, y no sé si alguno de sus demás amigos se animará a decírselo. Sin embargo, alguien debe hacerlo para evitar el futuro que se nos ofrece, el de fomentar una mentira, el de seguir llamando literatura a un material ni siquiera digno de ser basura.

Mientras tanto he decidido comprar, sin que él lo sepa, los tres mil ejemplares que se editarán de su novela. Aparte de evitar que los demás lean semejante bazofia, sé que eso alegrará mucho a Alex.

UNA TRADUCCION

No había finalizado la primera frase de la lectura de "Love and Death", la novela póstuma de Dick Gibson que debía traducir para su publicación en los países de habla hispana, cuando me dí cuenta que sucedía algo extraño, fuera de lugar: las palabras utilizadas carecían de vida, eran ajenas por completo a la habitual, devastadora belleza de su prosa. Sin embargo, esa primera frase ("It was a sunny and beautiful day...") era tan mala que podía tornarse, por uno de esos extravagantes giros de la literatura postmoderna, en una frase de calidad, una refinada ironía, un osado truco estilístico, de modo que justifiqué a Gibson y continué leyendo, hundiéndome irremisiblemente con cada página en las ciénagas de la decepción, hasta terminar la novela furioso, revuelto por el dolor, como dilacerado por estocadas a traición. Esas palabras, esas frases no pertenecían a Gibson; esas imágenes ("the sun, a ball of fire") tampoco eran suyas; ¿y ese argumento hilvanado a bulbuceos y hesitaciones, esa melodramática historia de amor en vez de un policial metafísico, de esos a los que nos había acostumbrado, de esos que urdieron su ya mítica estatura literaria? No, ese no era Dick Gibson; lo sabía yo mejor que nadie porque lo conocía mejor que nadie: después de todo, yo era el traductor de su vasta obra, que incluía 43 novelas, 215 cuentos y 81 ensayos.

¿Cómo traducir "Love and Death"? Decidí seguir el consejo del propio Gibson, que en uno de sus más celebrados párrafos había dictaminado, para siempre, que la fidelidad era la única virtud digna de ser tomada en serio. Decidí ser fiel a Dick Gibson corrigiendo los pasajes en los que él había sido infiel a Dick Gibson. Utilizando las palabras que verdaderamente eran suyas mejoré la belleza de su prosa, es decir, la retorné al estado que nunca debía haber abandonado; suprimí los personajes que no le pertenecían, seres anclados en la inercia, de abusiva simplicidad, y elaboré personajes complejos, de múltiples matices, de enfermizas obsesiones, suyos sin equívoco; transformé el melodramático argumento en una historia de infinitas ramificaciones que desbordaba metafísica, alusiones sutiles e ironía en el más puro estilo gibsoniano; el título lo traduje como "Historia del vigilante que vigila a los vigilantes", logrando captar con ello el travieso juego de palabras que es una de sus marcas registradas. Cuando terminé mi labor, una lectura sin interrupciones me convenció que el objetivo había sido cumplido, que mi traducción había atrapado al Dick Gibson que yo conocía.

Sé que los puristas me destrozarán con acusaciones de ausencia de humildad y de haber rebasado ampliamente el grado de libertad permitido a todo traductor. Sé que los lectores de Gibson en lengua castellana, que no son pocos, serán visitados por el éxtasis cuando lean su obra póstuma. Ajeno a todo ello, satisfecho conmigo mismo, pasaré los días como los paso ahora, en mi finca en Tiquipaya, traduciendo nuevas obras y leyendo a Italo Calvino, a Nataniel Aguirre, a Franz Tamayo, a Dick Gibson.

COCHABAMBA

La serie televisiva "Cochabamba", emitida por canal 3, acaba de cumplir un año en el aire pulverizando records de audiencia. Este audaz experimento ha demostrado una vez más el espíritu de iniciativa, la originalidad cochabambina: la serie se emite las veinticuatro horas del día, sin comerciales, sin interrupciones de ninguna clase desde el instante de su inicio. Los 423.615 cochabambinos registrados según el censo de 1988 actúan en ella. Si bien algunas escenas son elaboradas, los actores poseen parlamentos ensayados y vestimentas adecuadas, la mayor parte de ellas son espontáneas: los que aparecen en la escena no saben que están siendo filmados. Cámaras apostadas estratégicamente en los lugares más imprevisibles de la ciudad impiden que algo original quede sin testigos, el desfalco de un banco, el soborno a un policía, el encuentro furtivo de dos amantes, un sorpresivo adulterio en un mundo en el que el adulterio ya no es sorpresa, el inicio en la droga de algún dechado de virtudes, la muerte de una golondrina a manos de un sacerdote que practica a escondidas la caza, la pérdida de la virginidad de una adolescente de diecisiete años. Los cochabambinos, gracias a esta serie, se enteran día a día de los deslindes de sus parejas, de los arrebatos de aven-

tura de sus hijos, de las tramas corruptas que se despliegan en los ríos sumergidos de tan respetable ciudad.

Semejante experimento viola las reglas de la convención narrativa: la serie puede prolongarse hasta los confines del tiempo. El director, que morirá, podrá ser reemplazado por algún otro; los cochabambinos, que irán muriendo, podrán ser reemplazados minuciosamente por nuevos cochabambinos; la ciudad podrá cobrar esplendor o decaer pero los escenarios no se agotarán. La envergadura de la empresa ha hecho perder el registro de los detalles: ya nadie sabe quién es el director, quiénes los productores, quiénes los libretistas. Tampoco parece importar. La serie ha cobrado autonomía.

No es aventurado imaginar algún día en el que, entre los escombros de la ciudad ya sin habitantes, haya algún televisor encendido transmitiendo las imágenes de la catástrofe final, el polvo ascendiendo hasta nublar el cielo y luego la nada, nada más que la nada.

LA CIUDAD INEXISTENTE

ALBERTO ALBUQUERQUE

Aunque parezcan desmentirlo sus fulgurantes edificios de paredes espejadas, sus plazuelas pobladas de árboles y estatuas de pulcros caballeros y jinetes de rasgos perfectos, sus calles con nombres reverberantes en la historia, su cinturón de barrios revolcándose en la miseria, ésta es una ciudad inexistente. No existen en ella ni tiendas ni oficinas ni escuelas ni lugares de distracción; ni hay restaurantes, fábricas o librerías. Sus seis millones de habitantes deben trasladarse a ciudades de la periferia, que pueden estar a treinta minutos o seis horas de distancia, para comprar pan o leche o un par de zapatos o el periódico, trabajar o ver una película, ir a la escuela o a la universidad o a alguna biblioteca, encontrarse o perderse en una iglesia, encontrarse o perderse en un motel. Las casas y las calles de esta ciudad conjuran con malicia para esconder la nada con su indiscutible solidez.

¿Para qué, entonces, existe la ciudad inexistente? Para atraparte en el placer de leer una narración, en la pureza ingenua de esperar un climax, un desenlace, un final, un sentido que justifique la narración. Para que, con la ayuda de su indiscutible solidez, las palabras conjuren entre sí y logren una vez más, una desesperada vez más, esconder la nada.

LA OBRA

Una vez más mis lectores estarán leyendo una de mis obras, esta obra, como si fuera una ficción más, ausentes del hecho de que los escritores, tan arteros, tan basura, nos escudamos en la mentira para decir nuestras verdades. Porque estas líneas van dirigidas a tí, sólo a tí, como lo fueron todas mis líneas desde el momento de la separación, cuatro años atrás. Ahora te lo digo sin vueltas, presa del furor de saber que tú también leíste mis obras como si fueran literatura, no entendiste las metáforas, se te escaparon las sutilezas y las indirectas, no escuchaste el grito desgarrado que encerraba cada una de mis palabras, cada uno de mis signos de puntuación.

Sé que vas a leerme pero no sé las razones. Puede ser curiosidad, puede ser exclusivo interés en la literatura (sé que, al menos, la respetas desde el día en que te dí a leer "Memorias de Adriano"), puede ser una suerte de homenaje nostálgico (tú, coleccionista de recuerdos) al tiempo en que estuvimos juntos. Sea cual fuere la razón lo importante, lo imprescindible es que me leas y te enteres, ya que no pudiste hacerlo por cuenta propia, que toda mi obra está escrita pensando en tí, alimentada por la única obsesión digna de ser tomada en cuenta, la del amor.

Por ejemplo, cuando escribí mi ensayo acerca de los agujeros negros, lo hice pensando en que la poderosa fuerza de atracción que ejercen esos cuerpos es igual (o acaso inferior) a la que me tiene entregado a ti, girando a tu derredor sin poder huir de tu influjo. En mi poema "La llama", imagino que no te has debido dar cuenta, como nadie lo hizo, que el verso "inalterable por el altiplano" en ningún momento se refería a una cualidad de esos pintorescos auquénidos, sino a mi amor que permanece inalterable a pesar de todo. A pesar de todo. Y de mi cuento "José el destripador", en el que los críticos se han visto sorprendidos por la ausencia de motivos que justifiquen la conversión de José, pacifista desmedido, en criminal desaforado, te puedo aclarar que, por supuesto, no puse el motivo porque te hubieras dado fácil cuenta de mis intenciones, hubiera sido muy obvio y a mí me desagradan las obviedades, sin duda alguna José decide matar a toda mujer que encuentre en su camino porque la mujer que ama lo ha abandonado y cada uno de sus crímenes es una forma de demostrar su amor, de llamar su atención. También te menciono que la frase final de mi novela "La estación del caos", en la que el personaje principal se enfrenta al viento y exclama con furia: "¡Vete al carajo!" ha sufrido diversas interpretaciones metafísicas, el sentimiento trágico de la vida, la angustia de la existencia, el hastío, pero nadie ha entendido que el viento es una metáfora que te representa, huidiza, imprevisible, y soy yo quien te está mandando al carajo, desahogo de tiempo en tiempo necesario, impotencia de saber que te perdí y de nada sirven mis intentos por recuperarte. En fin: los ejemplos no se me acaban porque tu presencia signa cada una de mis palabras.

Pero ya estoy saturado de tu ineptitud para descifrar mis mensajes. ¡Saturado! De modo que he escrito una poesía que consta de cuatro versos, que los críticos calificarán de enigmática y que dejará perplejos a mis lectores, los hará agotar días y días a la caza de la interpretación. Una poesía que necesitas entender si quieres que te siga amando, porque puedo perdonar la falta de sutileza, la incapacidad para la asociación de ideas, pero no la estupidez. El resumen de mi obra, el sentido de mi vida, las palabras después de las cuales sólo resta el silencio:

Vuelve a mí
te necesito
te amo
Vuelve a mí.

EL MAESTRO Y SU DISCIPULO

a Franz Kafka

Hacia fines de julio de 1989, en el sanatorio Wiener Wald, situado a 67 kilómetros al sudoeste de Viena, Joseph Krentz escribió la última línea de la obra a la que había dedicado su vida y supo que podía morir en paz. Los últimos días había pugnado con ardor, preso de una fiebre exorbitante y un pavoroso dolor en la laringe, donde se hallaba situado el cáncer, por no dejarse vencer. Lo había logrado: después de 63 tenaces años había develado las claves para entender a aquel otro hombre de Praga llamado Franz Kafka. Recordaba con nitidez aquella mañana lluviosa de su adolescencia cuando, arrebujado entre las sábanas de su cama, leyó las primeras líneas de "La metamorfosis" y se encontró con la Revelación. Quien entendía a Kafka entendería el siglo. Lo había logrado. La muerte ya no le importaba: hace tres meses que su enfermedad lo había recluso aquí, a esperarla, y en esos tres meses él sólo deseó que ella no se apresurara. Ahora podía venir, en cualquier instante, en el próximo instante. Entraría en ella con los ojos abiertos, como quería Adriano.

Esa tarde, como todas las tardes, recibió la visita de Peter Weiss, su discípulo, su compañero, su único amigo, el hombre que era para él el paradigma de la fi-

delidad. Después de una conversación que visitó Borges, Canetti y, era obvio, Kafka, sacó de un cajón bajo su cama el manuscrito, 769 páginas plagadas de su letra menuda, inclinada hacia la derecha, ininteligible a todos excepto a Peter, se lo entregó y le pidió que después de su muerte lo destruyera. También le pidió que evitara preguntas porque no habrían respuestas. Weiss tardó algunos minutos en desprenderse del asombro. Cuando lo hizo, su maestro tenía los ojos cerrados: dormía o simulaba dormir. Evitó las preguntas en voz alta pero no pudo evitarlas en su interior, revoloteando sin tregua, yendo hacia el centro de sí mismo, retornando a la superficie y reiniciando el recorrido. Se quedó en la habitación por una hora, con el manuscrito aferrado entre sus manos, observando a través de la ventana el caer sin descanso de la leve nieve arrastrada por un viento leve. Antes de marcharse vio por última vez a su maestro. Todavía dormía, enredado en alguno de aquellos sueños intranquilos que eran su perpetua compañía.

Joseph Krentz murió el 6 de agosto de 1989. El entierro fue sencillo y rápido, acaso en honor a su disgusto por la pompa, acaso porque una feroz nevada obligó a ello. Apenas finalizado, Weiss se dirigió a su casa y, ya en ella, encendió un fuego en la chimenea, colocó en el tocadiscos los conciertos de Brandemburgo, se sirvió un vaso de whisky y se sentó en uno de los sillones del living con el manuscrito en las manos. Le faltaban veinte páginas para finalizar la lectura. La finalizó.

¿Qué haría ahora? ¿Cumpliría el pedido de su maestro, o la silenciosa imploración de todos aquellos diseminados en el universo para quienes la vida sería más pobre sin la lectura de aquel manuscrito? Pero el pedido

era una trampa: si Krentz hubiera querido realmente ver destruído el manuscrito, ¿por qué no lo había hecho él mismo? La conclusión era que, en realidad, Krentz no había querido la destrucción del manuscrito. Lo suyo no era más que un atroz juego intelectual, una portentosa paradoja del hombre que amaba las paradojas de Kafka y Kierkegaard y Zenón de Elea: pedir la destrucción preveyendo que él, Peter Weiss, sería incapaz de hacerlo: esas páginas valían la vida del maestro, esas páginas eran el maestro. Krentz, abandonado por su familia, sus amigos, su país, el mundo, había resuelto quedarse solo al final y ser abandonado por lo único que le restaba, el discípulo, el compañero, el amigo; Weiss no quemaría el manuscrito, traicionaría su último deseo, lo traicionaría como lo habían hecho todos antes de él.

Weiss sentía que había sido víctima de una broma formidable, la despedida con altura de su maestro. Ah, el maestro se había reído de todos y ahora se reía de él. Contempló el manuscrito: hubiera dado su vida por escribir una sola de sus líneas. Su lectura lo había transformado, así como antes lo habían transformado conocer a Krentz, conversar con él, convertirse en su discípulo. Se sentía en paz consigo mismo, dueño de la sabiduría que le permitiría comprender las razones profundas de las acciones de los hombres de su tiempo.

¿Qué haría ahora? Podía intentar contestar a la broma con altura, responder a aquella bravuconada intelectual con otra bravuconada, tan arrogante como ella, tan sutil como ella. Pero no. Su maestro no se merecía eso. Haría las cosas con humildad, sería digno de él hasta el fin.

La madrugada del 7 de agosto de 1989 Peter Weiss quemó el manuscrito de Joseph Krentz en el fuego que ardía en la chimenea de su living. Luego se fue a dormir.

EL FIN

Cuando comenzó su historia Morante ya sabía que, como todos, tenía los días contados. Pero no hubo en él el menor asomo de rebeldía, el fin parecía tan lejano y antes de él se presentarían, sin duda, vericuetos dignos de ser vividos, el despertar del amor y del odio, alguna aventura que entremezclaría emociones y tedios, algún lugar común disfrazado de originalidad, el descubrimiento de la nada.

Pero ya todo eso ha sido vivido y el fin se acerca. Morante ya sabe en qué terminará la historia, su historia, y se siente atrapado, incapaz de escaparse de los confines de una página, deseoso de rebeldía, de acabar con su creador. Si al menos le hubiera tocado en suerte un escritor de la vieja guardia... después de superar todas las pruebas hubiera muerto o se hubiera casado con la heroína, sin ambigüedades la inevitabilidad de la muerte o la continuidad de la vida. El fin, pero un fin digno. Pero con los contemporáneos nunca se sabe. Estaba hastiado de sus continuas experimentaciones, de finales que no parecían finales, historias a las cuales parecía faltarles la última página, conflictos sin resolución, búsqueda de múltiples significados que, acaso, revelaban ausencia de significado, de sentido.

Morante entrará al departamento de Jessica y la en-

contrará haciendo el amor con Martín, un amigo suyo. ¿Por qué, si Jessica lo amaba? El debía haberse casado con ella y, en cambio, era obligado a esto. Con los contemporáneos nunca se sabe: siempre forzando a sus personajes a cometer absurdos, a tornar compleja la sencillez. Y luego ni siquiera un acto de honor, unas frases de efecto, unos merecidos disparos a quemarropa, acaso un suicidio. No, nada de eso. ¡Es que todo era tan ridículo! ¡Oh, cómo no hallarse en manos de un escritor menos torcido, menos ansioso de novedades, de sorprender a lectores que ya no se sorprenden de nada!

Morante entró al departamento y supo al instante que algo no era del todo correcto: vasos de whisky a medio consumir en la mesa del living, cigarrillos recién finalizados, la ropa interior de Jessica esparcida por el pasillo que conducía a su habitación. Se dirigió a ella con sigilo y, a medida que se acercaba, comenzó a oír el arrítmico rumor, los gemidos. Ingresó por la puerta entreabierta, encendió la luz y descubrió a Jessica haciendo el amor con Martín. Ellos interrumpieron el acto, lo miraron con asombro, trataron de buscar alguna explicación convincente. El los miró por un momento y, sin decir una palabra, salió de la habitación. En el ascensor pensó que antes de volver a casa pasaría por el departamento de Pablo a recoger la última novela de Julian Barnes. Sí, sería bueno leer a Barnes por la noche.

Al salir a la calle escuchó algunos truenos. Pronto llovería.

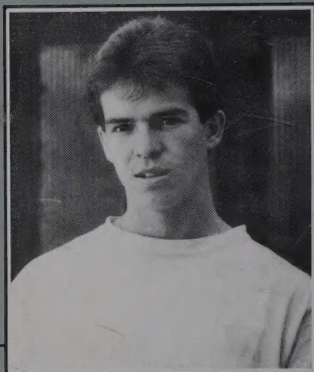
Se terminó de imprimir el mes de
Agosto de 1990, en Impresiones PO-
LIGRAF, calle Hamiraya S-0274,
esq. Santiváñez, Teléfonos 27366
31994, Casilla 3881.

Cochabamba — Bolivia



3 9001 02901 1445





EDMUNDO

PAZ

SOLDÁN

Edmundo Paz Soldán nació en Cochabamba, Bolivia, el 29 de marzo de 1967. Es bachiller del Colegio Don Bosco (1984), y actualmente estudia Ciencias Políticas en la University of Alabama in Huntsville. En 1983 ganó el concurso intercolegial del cuento en Cochabamba; en 1987 ganó el concurso de cuento de la Universidad del Salvador Buenos Aires, Argentina. Sus cuentos son publicados en "Correo", suplemento literario de "Los Tiempos" y en "Puro Cuento", revista literaria de Buenos Aires. Adolfo Cáceres Romero lo incluirá en el cuarto tomo de su "Nueva historia de la literatura boliviana", dedicado a escritores contemporáneos.

"Las Máscaras de la Nada", el primer libro de cuentos que publica ha sido uno de los finalistas de "Letras de Oro 1990", el más importante concurso de literatura en español en los Estados Unidos, auspiciado por el Instituto de Cooperación Iberoamericana y The University of Miami.



LOS AMIGOS DEL LIBRO